ALMANAQUE

SUD-AMERICANO





Almanaque

SUD-AMERICANO

PARA EL AÑO

1894



BUENOS AIRES
EL SIGLO ILUSTRADO
CERRITO, 170 Y 174

MONTEVIDEO
ANDRÉS RIUS
SORIANO, 155 Y 157

Colaboradores del Almanaque

EN

1894

SEÑORAS

Carolina Freyre de Jaimes, Juana Manuela Gorriti, Emilia Pardo Bazán, Amalia Puga

SEÑORES

Almafuerte, Balart (Federico), Bares, Calzada, Campoamor, Castellanos, Cástez, Castilla Portugal, Coll, Coronado, Corpancho, Darío, Díaz, Díaz Mirón, Egózcue, Fernández Espiro, Figuerca, García Velloso, Godio, Granada, Gras y Elías, Grilo, Guido y Spano, Gutiérrez Nájera, Icaza, Isaacs, Jordán, Latzina, Lopez Benedito, Llona, Malagarriga, Mantilla, Martel, Menchaca, Mendes, Monner Sans, Núñez de Arce, Obligado, Ortega, Oyuela, Palacio (Manuel del), Palma, Payró, Rivas Groot, Roca y Roca, Roxlo, Rueda, Sánchez (Ricardo), Sánchez Huguet, Soto y Calvo, Urbina, Valmar, Vega Belgrano, Villafañe, Zapata, etc., etc.

ARTISTAS

Cabrinety, Diéguez, Llovera, Apeles Mestres, Pellicer, Ross (Antonio), Ross (Paciano)



Establecimiento tipográfico de Espasa y Comp.ª—Cortes, 221 y 223. Barcelona.

ÍNDICE LITERARIO

ÍNDICE ARTÍSTICO

CABRINETY (F.)

DIÉGUEZ (J.)

LLOVERA (José)

MESTRES (Apeles)

PELLICER (José Luis)

ROSS (Antonio)

ROSS (Paciano)



José Zorrilla

JOSÉ ZORRILLA

Nació este ilustre poeta en Valladolid en 21 de Febrero de 1817 y falleció en Madrid el 23 de Marzo de 1893.

Nació poeta como el ruiseñor nace ruiseñor. Hijo fué de un severo magistrado, hombre chapado á la antigua usanza, quien, pese á su gran rigor, no logró torcer la firme vocación de su vástago. En el Seminario de Nobles de Madrid, siendo aún niño, fué donde escribió sus primeros versos. Su suerte, desde aquel momento, estuvo echada. Valladolid y Toledo, en donde por mandato de su padre debía cursar jurisprudencia, fueron para el joven Zorrilla manantial inagotable de inspiraciones románticas. Allí su espíritu se saturó de las grandezas de los tiempos pasados; allí aprendió á evocar los grandes recuerdos y las bizarras aventuras de las generaciones que fueron, y ya nunca más habían de borrarse los profundos surcos que en su corazón, en su espíritu y en su fantasía abriera la contemplación de aquellas viejas ciudades castellanas.

Chateaubriand, Walter Scott, Fenimore Cooper, fueron sus autores predilectos. De la cópula de esos neo-románticos con Calderón de la Barca, Lope de Vega, Tirso, Moreto y Alarcón, había de nacer como gallardo fruto la obra genuinamente española del autor de *Don Juan Tenorio,* los *Cantos del Trovador* y *Granada.*

Para conocer á Zorrilla, en los menores detalles de su vida íntima y estudiar la relación que guardan sus obras con los detalles de su existencia, es preciso leer su autobiografía, titulada *Recuerdos del tiempo viejo*, escrita con mucho donaire y no menos desenfado. En pocos escritores se encontrará una identidad más cabal entre el hombre y el escritor.

Desde el día que, para librarse del castigo que su padre ofendido por su irremediable desaplicación le tenía preparado, robó una yegua y escapó, llegando á Madrid sin un céntimo,

hasta la hora de su muerte, ocurrida en una modesta habitación de la calle de Santa Teresa de la Corte, en el piso más alto de la casa, no dejó nunca de ser el poeta soñador, en pugna constante con las miserias de la vida; el poeta que desconoce el valor del dinero, prefiriendo vivir de las efusiones del alma; sin acordarse apenas de recoger los frutos de su trabajo; muy rico en gloria, muy pobre en bienes de fortuna; muy festejado por todas las clases sociales, así por el pueblo bajo como por el encopetado aristócrata, y al propio tiempo devorando los sinsabores y crudezas de una existencia tan precaria, que más de una vez hubo de manifestar á sus íntimos, que vislumbraba como su último refugio el lecho de un hospital.

Una poesía que leyó en Febrero de 1837, en un cementerio de Madrid, en el momento de dar sepultura al cadáver del desventurado Larra *(Fígaro)*, valióle una gran notoriedad. Sobre el sepulcro del genio de la crítica, que acababa de suicidarse á impulsos de una contrariedad amorosa, nació espléndido y radiante el genio de la poesía española. Desaparecía un escéptico y surgía un creyente.

Y lo fué siempre, tanto como trabajador infatigable. La patria y la religión habían de ser constantemente los manantiales inagotables de sus lozanas inspiraciones. Una facilidad sorprendente en el manejo de la rima, una fluidez exquisita, una abundancia siempre lozana, el colorido y la armonía musical de sus versos encantando los ojos y halagando el oído, todo esto unido al linaje genuinamente español de todas sus inspiraciones, valiéronle la admiración constante del pueblo hispano. Cultivó el teatro, la leyenda, la poesía épica y la lírica. Enumerar todas las obras que produjo daría proporciones desmesuradas á este trabajo que tiene la brevedad por exigencia.

Uno de sus dramas más populares es *Don Juan Tenorio.* No hay en España compañía de verso que deje de representarlo todos los años. El espectador se lo sabe de memoria, y no obstante, el teatro se llena cuantas veces se representa. En este punto el público difiere de la opinión de Zorrilla,

quien teníalo por su obra más ínfima, arrepintiéndose hasta de haberlo escrito. Otras obras dramáticas como *Sancho García, El zapatero y el rey, Traidor, inconfeso y mártir,* valiendo más que *Don Juan Tenorio,* se representan mucho menos. El gusto del público se ha modificado, relegándolas al olvido ó poco menos.

Las leyendas de Zorrilla son, sin disputa, sus producciones magistrales por excelencia. Nada tan hermoso como *El capitán Montoya, A buen juez mejor testigo* y *Margarita la tornera,* obras todas creadas en el vigor y la fuerza de su juventud. Su poema *Granada* aparece exornado con todos los primores y delicadezas de los alicatados arábigos de la Alhambra.

En lo mejor de sus gloriosos triunfos literarios Zorrilla desapareció de España. Después de recorrer algunas capitales europeas, trasladóse á América, y tanto en Cuba como en Méjico, así en la morada de los magnates como en la choza de las tribus indias, dió expansión á sus poéticos sentimientos. El infortunado Maximiliano distinguióle con su protección, nombrándole director del *Teatro Imperial;* y Zorrilla supo pagar la fineza de aquel príncipe, cantando las desventuras que le deparó una suerte infausta, con un hermoso poema titulado *El Drama del alma.*

De regreso á España en 1866, encontró el país completamente cambiado. En vano trató de variar de rumbo, escribiendo numerosas poesías líricas, llenas de arrullos y de gorjeos de un efecto encantador, especialmente cuando el mismo Zorrilla las recitaba: sus inclinaciones antiguas lleváronle á escribir su *Poema del Cid,* amplificación del famoso Romancero, en cuya tarea no logró exceder el mérito de la obra original. Pero Zorrilla estaba ya viejo y andaba algo cansado, viviendo principalmente de sus glorias pasadas. Las primeras ciudades de España disputábanselo para disfrutar del goce incomparable de oirle recitar; pero sus libros se vendían poco y precisamente aquellas de sus obras que mayores rendimientos producían, eran las que el imprevisor poeta había enajenado, cediéndolas á editores ó empresarios por cantidades irrisorias.

Su estrechez veíase compensada en parte por triunfos tales como su ingreso en la Academia Española y su coronación en el Palacio de Carlos V de la Alhambra de Granada, honor inmenso que hasta aquí no ha alcanzado otro poeta alguno en España. Pero Zorrilla hubiera realmente muerto en un hospital, á no ser la munificencia de algunas personas de calidad que se honraron pasándole una pensión, hasta que las Cortes acordaron concedérsela á expensas del erario público.

El día de su muerte lo fué de luto nacional. Tributáronse á su cadáver pomposos obsequios fúnebres costeados por el Estado, y el pueblo español en masa asocióse á esta manifestación de duelo. No en vano acababa de perder España al más querido de sus poetas, por haber sabido ser el intérprete más fiel de sus inspiraciones, y el reflejo más resplandeciente del genio poético nacional.

J. Roca y Roca.

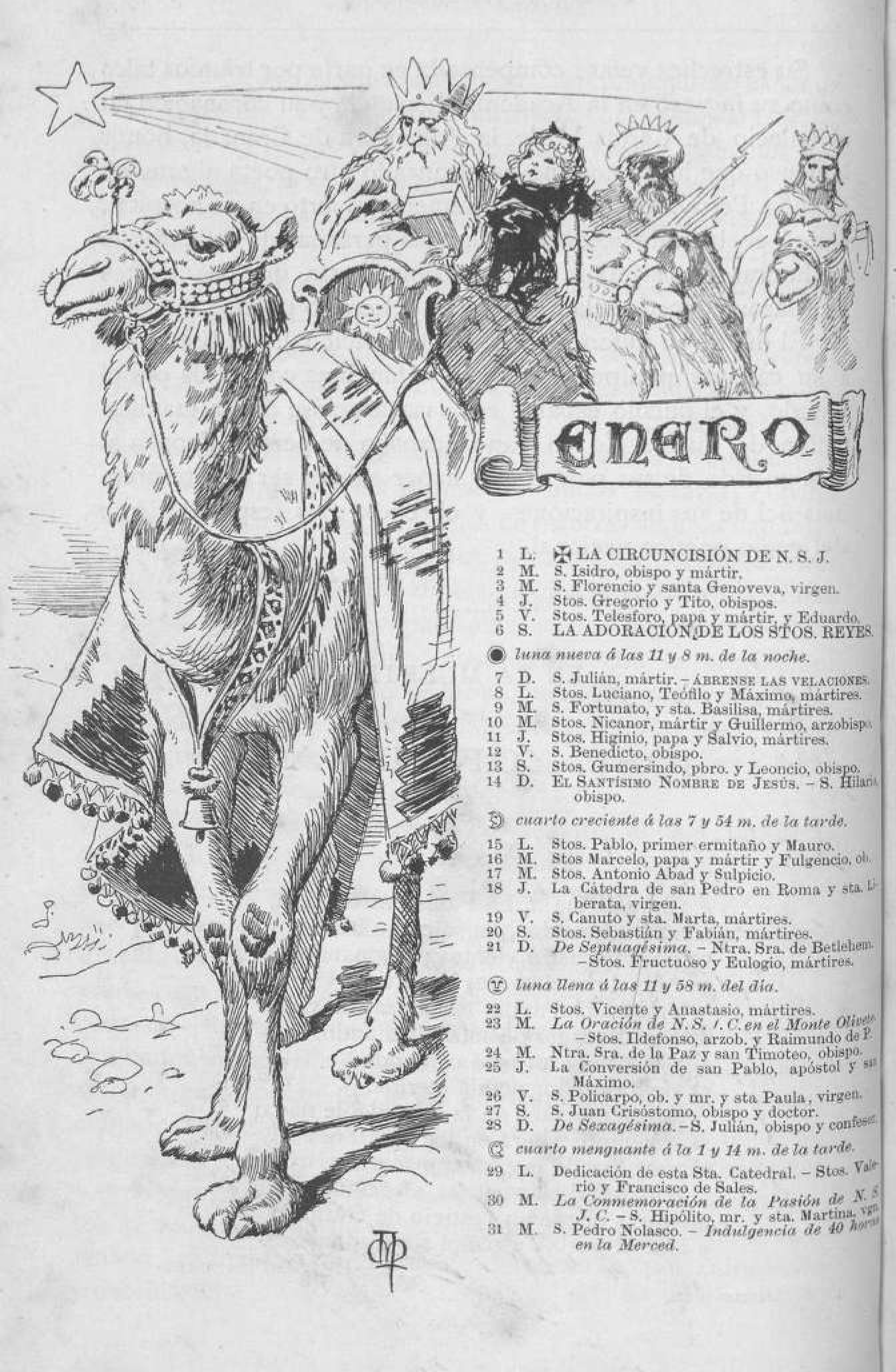
EN LA MUERTE
DE
JOSÉ ZORRILLA

SONETO

¡Zorrilla fué!... La Fama entristecida,
con cien heraldos, en solemne bando
va por los cuatro vientos pregonando
con fúnebres clamores la partida.
Tras mucho andar en la azarosa vida,
tras medio siglo de sufrir luchando,
á la morada azul voló cantando
el viejo ruiseñor de ala aterida.
Su cuerpo yace en la insondable nada;
mas siempre vivirá en los corazones
el trovador de inspiración sagrada,
el bardo de las patrias afecciones,
mientras quede un vestigio de Granada
y ame el pueblo español sus tradiciones.

Ricardo Sánchez.

Montevideo.



ENERO

1 L. ✠ LA CIRCUNCISIÓN DE N. S. J.
2 M. S. Isidro, obispo y mártir.
3 M. S. Florencio y santa Genoveva, virgen.
4 J. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
5 V. Stos. Telesforo, papa y mártir, y Eduardo.
6 S. LA ADORACIÓN DE LOS STOS. REYES.

● *luna nueva á las 11 y 8 m. de la noche.*

7 D. S. Julián, mártir. — ÁBRENSE LAS VELACIONES.
8 L. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mártires.
9 M. S. Fortunato, y sta. Basilisa, mártires.
10 M. Stos. Nicanor, mártir y Guillermo, arzobispo.
11 J. Stos. Higinio, papa y Salvio, mártires.
12 V. S. Benedicto, obispo.
13 S. Stos. Gumersindo, pbro. y Leoncio, obispo.
14 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS. — S. Hilario, obispo.

☽ *cuarto creciente á las 7 y 54 m. de la tarde.*

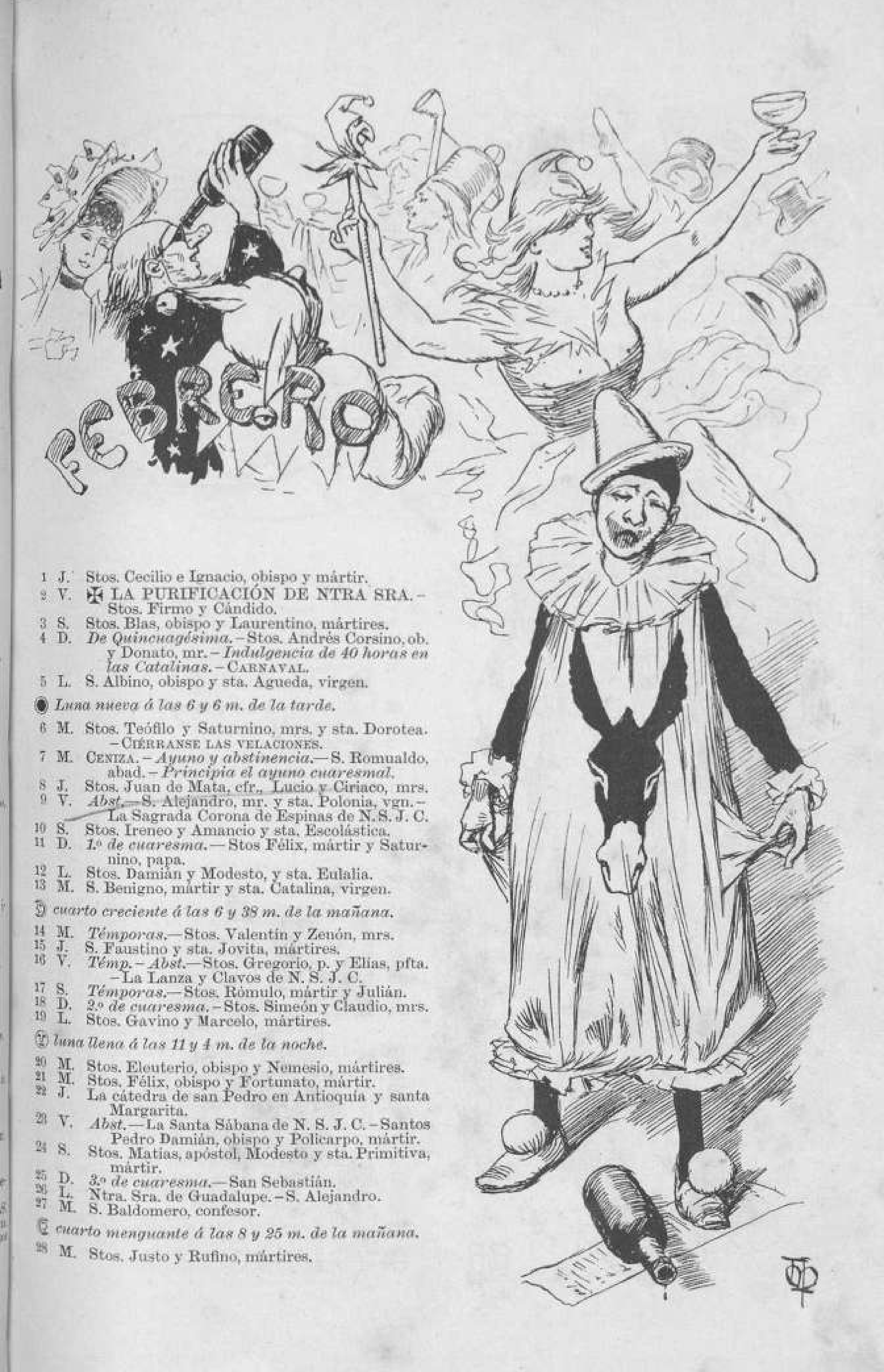
15 L. Stos. Pablo, primer ermitaño y Mauro.
16 M. Stos Marcelo, papa y mártir y Fulgencio, ob.
17 M. Stos. Antonio Abad y Sulpicio.
18 J. La Cátedra de san Pedro en Roma y sta. Liberata, virgen.
19 V. S. Canuto y sta. Marta, mártires.
20 S. Stos. Sebastián y Fabián, mártires.
21 D. *De Septuagésima.* — Ntra. Sra. de Betlehem. — Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.

◯ *luna llena á las 11 y 58 m. del día.*

22 L. Stos. Vicente y Anastasio, mártires.
23 M. *La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.* — Stos. Ildefonso, arzob. y Raimundo de P.
24 M. Ntra. Sra. de la Paz y san Timoteo, obispo.
25 J. La Conversión de san Pablo, apóstol y san Máximo.
26 V. S. Policarpo, ob. y mr. y sta Paula, virgen.
27 S. S. Juan Crisóstomo, obispo y doctor.
28 D. *De Sexagésima.* — S. Julián, obispo y confesor.

☾ *cuarto menguante á la 1 y 14 m. de la tarde.*

29 L. Dedicación de esta Sta. Catedral. — Stos. Valerio y Francisco de Sales.
30 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.* — S. Hipólito, mr. y sta. Martina, vgn.
31 M. S. Pedro Nolasco. — *Indulgencia de 40 horas en la Merced.*



1 J. Stos. Cecilio e Ignacio, obispo y mártir.
2 V. ✠ LA PURIFICACIÓN DE NTRA SRA.—Stos. Firmo y Cándido.
3 S. Stos. Blas, obispo y Laurentino, mártires.
4 D. *De Quincuagésima.*—Stos. Andrés Corsino, ob. y Donato, mr.—*Indulgencia de 40 horas en las Catalinas.*—CARNAVAL.
5 L. S. Albino, obispo y sta. Agueda, virgen.

Luna nueva á las 6 y 6 m. de la tarde.

6 M. Stos. Teófilo y Saturnino, mrs. y sta. Dorotea.—CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
7 M. CENIZA.—*Ayuno y abstinencia.*—S. Romualdo, abad.—*Principia el ayuno cuaresmal.*
8 J. Stos. Juan de Mata, cfr., Lucio y Ciriaco, mrs.
9 V. *Abst.*—S. Alejandro, mr. y sta. Polonia, vgn.—La Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.
10 S. Stos. Ireneo y Amancio y sta. Escolástica.
11 D. *1.º de cuaresma.*—Stos Félix, mártir y Saturnino, papa.
12 L. Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia.
13 M. S. Benigno, mártir y sta. Catalina, virgen.

cuarto creciente á las 6 y 38 m. de la mañana.

14 M. *Témporas.*—Stos. Valentín y Zenón, mrs.
15 J. S. Faustino y sta. Jovita, mártires.
16 V. *Témp.—Abst.*—Stos. Gregorio, p. y Elías, pfta.—La Lanza y Clavos de N. S. J. C.
17 S. *Témporas.*—Stos. Rómulo, mártir y Julián.
18 D. *2.º de cuaresma.*—Stos. Simeón y Claudio, mrs.
19 L. Stos. Gavino y Marcelo, mártires.

luna llena á las 11 y 4 m. de la noche.

20 M. Stos. Eleuterio, obispo y Nemesio, mártires.
21 M. Stos. Félix, obispo y Fortunato, mártir.
22 J. La cátedra de san Pedro en Antioquía y santa Margarita.
23 V. *Abst.*—La Santa Sábana de N. S. J. C.—Santos Pedro Damián, obispo y Policarpo, mártir.
24 S. Stos. Matías, apóstol, Modesto y sta. Primitiva, mártir.
25 D. *3.º de cuaresma.*—San Sebastián.
26 L. Ntra. Sra. de Guadalupe.—S. Alejandro.
27 M. S. Baldomero, confesor.

cuarto menguante á las 8 y 25 m. de la mañana.

28 M. Stos. Justo y Rufino, mártires.



1 J. S. Rudesindo, obispo.
2 V. *Abst.*—Stos. Heraclio, mártir y Florenc-
Las Cinco Llagas de N. S. J. C.
3 S. Stos. Hemeterio y Celedonio, mártires.
4 D. *4.º de cuaresma.*—S. Casimiro, confesor.
5 L. Stos. Adrián y Eusebio, mártires.
6 M. Stos. Olegario, obispo y Victoriano, mártir.
7 M. Sto. Tomás de Aquino.

luna nueva á las 10 y 49 m. de la mañana.

8 J. S. Juan de Dios.
9 V. *Abstinencia.*—Sta. Francisca Romana, viu-
La Santísima Sangre de N. S. J. C.
10 S. S. Melitón y los 40 mártires.—Reseña.
11 D. De Pasión.—Stos. Zacarías, padre de san Ju-
Bautista y Eulogio, obispo.
12 L. S. Gregorio.
13 M. Stos. Leandro, obispo y Macedonio.
14 M. Stas. Florentina, virgen y Matilde, reina.

cuarto creciente á las 2 y 56 m. de la tarde.

15 J. S. Raimundo, abad.
16 V. *Abstinencia.*—Los siete Dolores de María S-
Sta. Isabel, madre de san Juan Bautista.
17 S. S. Patricio y sta. Gertrudis.—Reseña.
18 D. De Ramos.—Stos. Gabriel, arcángel y Alej-
dro, obispo.
19 L. ✠ Santo.—EL PATRIARCA SAN JOSÉ.
20 M. Santo.—S. Braulio y sta. Eugenia, virgen.
21 M. Santo.—S. Benito, abad.—*Ayuno y abstinen-*
hasta el Sábado Santo inclusive. OTOÑ-

luna llena á las 10 y 49 m. de la mañana.

22 J. Santo.—Stos. Deogracias, obispo y Octavia-
23 V. Santo.—S. Victoriano y sta. Teodosia, márt-
24 S. Santo.—Stos. Agapito, obispo y Dionisio.
25 D. Pascua de Resurrección.—LA ENCARNA-
CION DE N. S. J. C.—*40 horas en Mont-*
rrat.
26 L. Stos. Manuel y Braulio, obispo.
27 M. S. Ruperto, obispo y confesor.
28 M. Stos. Sixto, papa y Doroteo, mártir.
29 J. Stos. Cirilo y Pastor.

cuarto menguante á las 4 y 34 m. de la mañana.

30 V. S. Juan Clímaco.
31 S. S. Benjamín y santa Balbina.



1 D. De Cuasimodo. — S. Venancio. — La impresión de las llagas de sta. Catalina.
2 L. Stos. Francisco de Paula y Urbano, obispo.— Abrense las velaciones.
3 M. S. Benito de Palermo. – La traslación de las reliquias de sta. Rosa de Lima.
4 M. S. Isidoro, arzobispo.
5 J. S. Vicente Ferrer y sta. Irene.
6 V. Stos. Sixto, papa y mártir y Celestino.

luna nueva á las 12 y 31 m. de la noche.

7 S. Stos. Epifanio y Rufino.
8 D. Stos. Dionisio, obispo y Máximo, mártir.
9 L. Stas. Casilda y María Cleofé.
10 M. Stos. Ezequiel y Pompeyo.
11 M. Stos. León, doctor y Felipe, papa.
12 J. Stos. Julio, papa y Víctor, mártir.

cuarto creciente á las 9 y 46 m. de la noche.

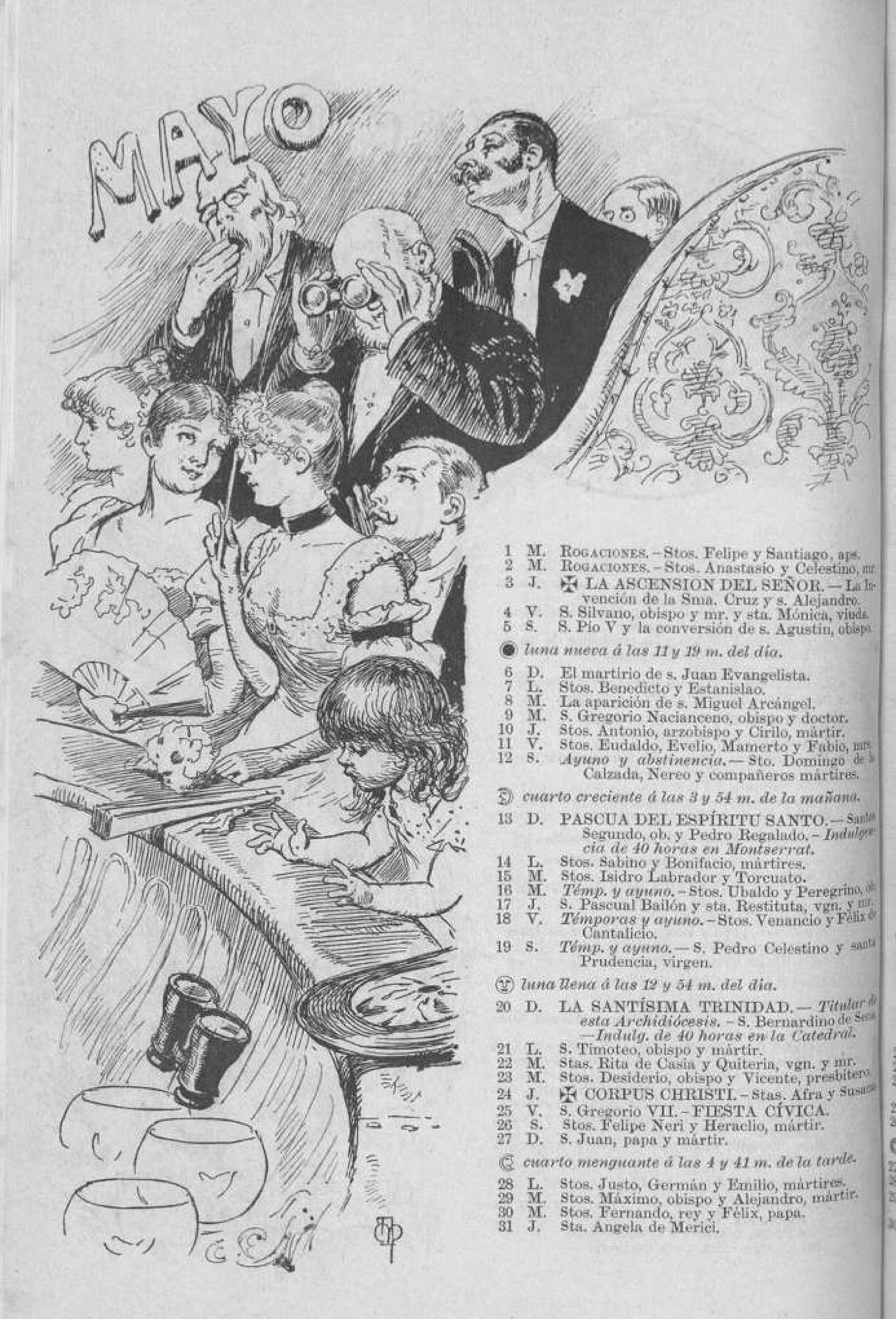
13 V. Stos. Hermenegildo y Justino, mártires.
14 S. S. Pedro G. Telmo.
15 D. EL PATROCINIO DEL SEÑOR S. JOSÉ — S. Máximo y sta. Anastasia.
16 L. S. Toribio de Liébana, obispo.
17 M. S. Aniceto, papa y Beata María Ana de Jesús.
18 M. S. Eleuterio, obispo y mártir.
19 J. Stos. Jorge, obispo y Vicente.

luna llena á las 11 y 22 m. de la noche.

20 V. S. Serviliano, mártir y sta Inés.
21 S. Stos. Anselmo, obispo y doctor, y Simeón, obispo y mártir.
22 D. NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN. – Santos Sotero, Cayo, papas y mártires, y Teodoro.
23 L. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, mártires.
24 M. Stos. Honorio, obispo, y Fidel de Samaria, mr.
25 M. S. Marcos Evangelista. – *Letanías mayores.*
26 J. Stos. Cleto, Marcelino, papa y mártir y Pedro, obispo.
27 V. Stos. Toribio, arzobispo, y Pedro Armengol, mártir.

cuarto menguante á las 11 y 49 de la noche.

28 S. Stos. Prudencio, arzobispo, Vital, mártir, y su esposa sta. Valeria.
29 D. Stos Pedro, mártir y Paulino, obispo.
30 L. Rogaciones. – Sta. Catalina de Sena.



MAYO

1 M. Rogaciones. — Stos. Felipe y Santiago, aps.
2 M. Rogaciones. — Stos. Anastasio y Celestino, mr.
3 J. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR. — La In-
vención de la Sma. Cruz y s. Alejandro.
4 V. S. Silvano, obispo y mr. y sta. Mónica, viuda.
5 S. S. Pio V y la conversión de s. Agustín, obispo.

● *luna nueva á las 11 y 19 m. del día.*

6 D. El martirio de s. Juan Evangelista.
7 L. Stos. Benedicto y Estanislao.
8 M. La aparición de s. Miguel Arcángel.
9 M. S. Gregorio Nacianceno, obispo y doctor.
10 J. Stos. Antonio, arzobispo y Cirilo, mártir.
11 V. Stos. Eudaldo, Evelio, Mamerto y Fabio, mrs.
12 S. *Ayuno y abstinencia.* — Sto. Domingo de la
Calzada, Nereo y compañeros mártires.

☽ *cuarto creciente á las 3 y 54 m. de la mañana.*

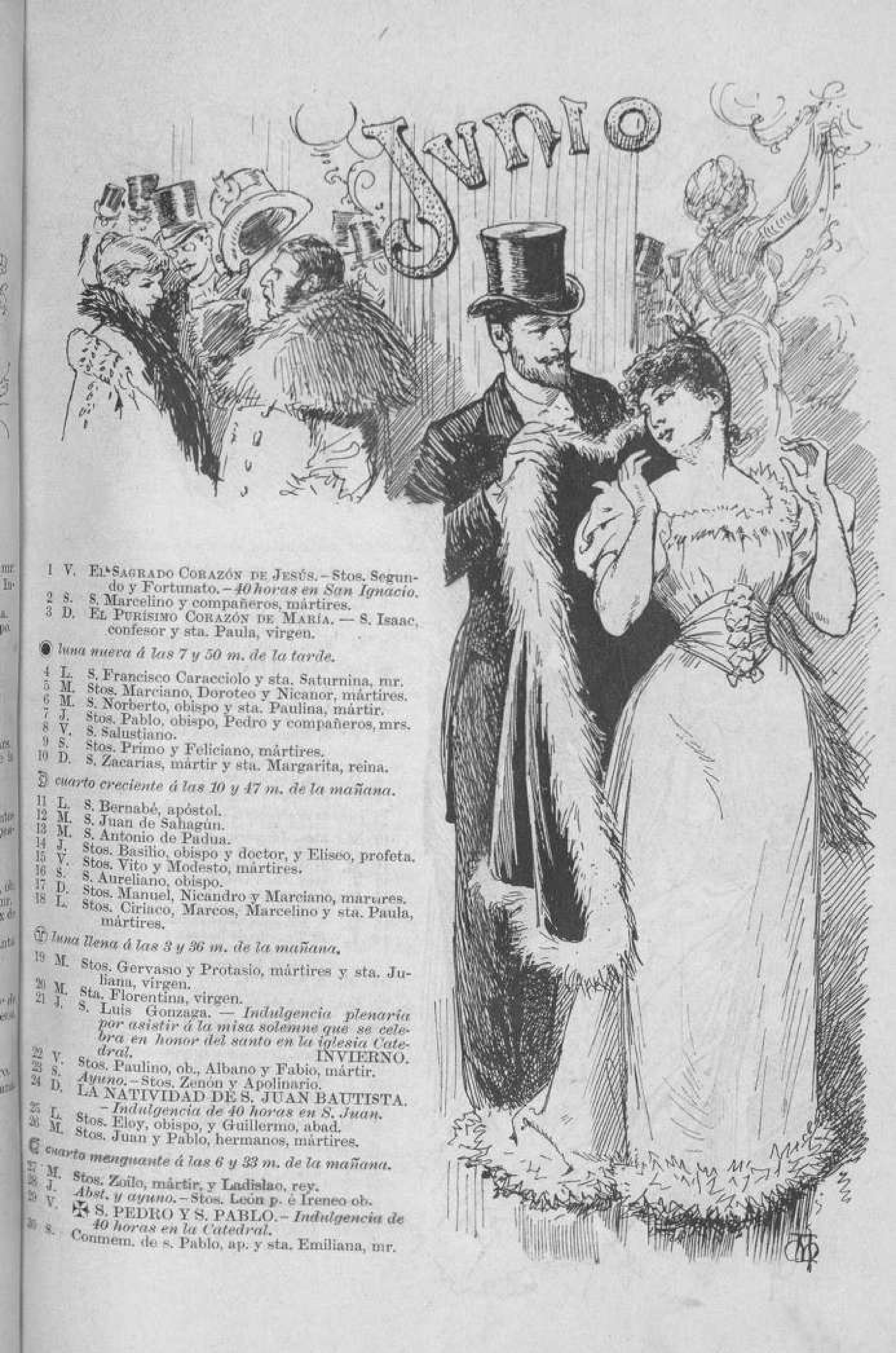
13 D. PASCUA DEL ESPÍRITU SANTO. — Santos
Segundo, ob. y Pedro Regalado. — *Indulgen-*
cia de 40 horas en Montserrat.
14 L. Stos. Sabino y Bonifacio, mártires.
15 M. Stos. Isidro Labrador y Torcuato.
16 M. *Témp. y ayuno.* — Stos. Ubaldo y Peregrino, ob.
17 J. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, vgn. y mr.
18 V. *Témporas y ayuno.* — Stos. Venancio y Félix de
Cantalicio.
19 S. *Témp. y ayuno.* — S. Pedro Celestino y santa
Prudencia, virgen.

○ *luna llena á las 12 y 54 m. del día.*

20 D. LA SANTÍSIMA TRINIDAD. — *Titular de*
esta Archidiócesis. — S. Bernardino de Sena.
— *Indulg. de 40 horas en la Catedral.*
21 L. S. Timoteo, obispo y mártir.
22 M. Stas. Rita de Casia y Quiteria, vgn. y mr.
23 M. Stos. Desiderio, obispo y Vicente, presbítero.
24 J. ✠ CORPUS CHRISTI. — Stas. Afra y Susana.
25 V. S. Gregorio VII. — FIESTA CÍVICA.
26 S. Stos. Felipe Neri y Heraclio, mártir.
27 D. S. Juan, papa y mártir.

☾ *cuarto menguante á las 4 y 41 m. de la tarde.*

28 L. Stos. Justo, Germán y Emilio, mártires.
29 M. Stos. Máximo, obispo y Alejandro, mártir.
30 M. Stos. Fernando, rey y Félix, papa.
31 J. Sta. Angela de Merici.



1 V. El Sagrado Corazón de Jesús.—Stos. Segundo y Fortunato.—*40 horas en San Ignacio.*
2 S. S. Marcelino y compañeros, mártires.
3 D. El Purísimo Corazón de María. — S. Isaac, confesor y sta. Paula, virgen.

luna nueva á las 7 y 50 m. de la tarde.

4 L. S. Francisco Caracciolo y sta. Saturnina, mr.
5 M. Stos. Marciano, Doroteo y Nicanor, mártires.
6 M. S. Norberto, obispo y sta. Paulina, mártir.
7 J. Stos. Pablo, obispo, Pedro y compañeros, mrs.
8 V. S. Salustiano.
9 S. Stos. Primo y Feliciano, mártires.
10 D. S. Zacarías, mártir y sta. Margarita, reina.

cuarto creciente á las 10 y 47 m. de la mañana.

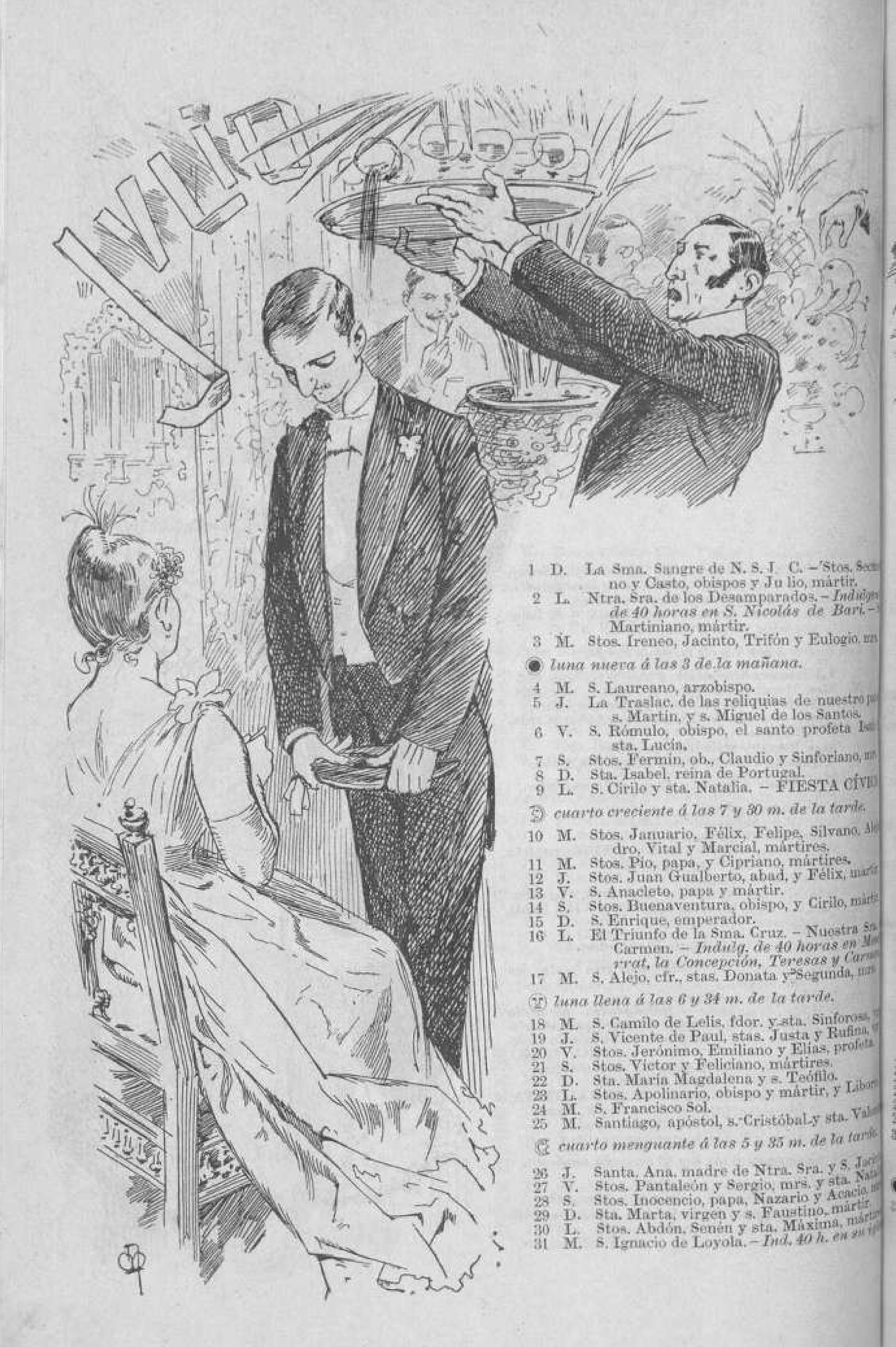
11 L. S. Bernabé, apóstol.
12 M. S. Juan de Sahagún.
13 M. S. Antonio de Padua.
14 J. Stos. Basilio, obispo y doctor, y Eliseo, profeta.
15 V. Stos. Vito y Modesto, mártires.
16 S. S. Aureliano, obispo.
17 D. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano, mártires.
18 L. Stos. Ciriaco, Marcos, Marcelino y sta. Paula, mártires.

luna llena á las 3 y 36 m. de la mañana.

19 M. Stos. Gervasio y Protasio, mártires y sta. Juliana, virgen.
20 M. Sta. Florentina, virgen.
21 J. S. Luis Gonzaga. — *Indulgencia plenaria por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.* INVIERNO.
22 V. Stos. Paulino, ob., Albano y Fabio, mártir.
23 S. *Ayuno.*—Stos. Zenón y Apolinario.
24 D. LA NATIVIDAD DE S. JUAN BAUTISTA. —*Indulgencia de 40 horas en S. Juan.*
25 L. Stos. Eloy, obispo, y Guillermo, abad.
26 M. Stos. Juan y Pablo, hermanos, mártires.

cuarto menguante á las 6 y 33 m. de la mañana.

27 M. Stos. Zoilo, mártir, y Ladislao, rey.
28 J. *Abst. y ayuno.*—Stos. León p. é Ireneo ob.
29 V. ✠ S. PEDRO Y S. PABLO.—*Indulgencia de 40 horas en la Catedral.*
30 S. Conmem. de s. Pablo, ap. y sta. Emiliana, mr.



1 D. La Sma. Sangre de N. S. J. C. – Stos. Sec[...]
no y Casto, obispos y Julio, mártir.
2 L. Ntra. Sra. de los Desamparados. – *Indulg[...]*
de 40 horas en S. Nicolás de Bari. – [...]
Martiniano, mártir.
3 M. Stos. Ireneo, Jacinto, Trifón y Eulogio, m[...]

● *luna nueva á las 3 de la mañana.*

4 M. S. Laureano, arzobispo.
5 J. La Traslac. de las reliquias de nuestro p[...]
s. Martín, y s. Miguel de los Santos.
6 V. S. Rómulo, obispo, el santo profeta Is[...]
sta. Lucía.
7 S. Stos. Fermín, ob., Claudio y Sinforiano, m[...]
8 D. Sta. Isabel, reina de Portugal.
9 L. S. Cirilo y sta. Natalia. – FIESTA CÍVI[...]

☽ *cuarto creciente á las 7 y 30 m. de la tarde.*

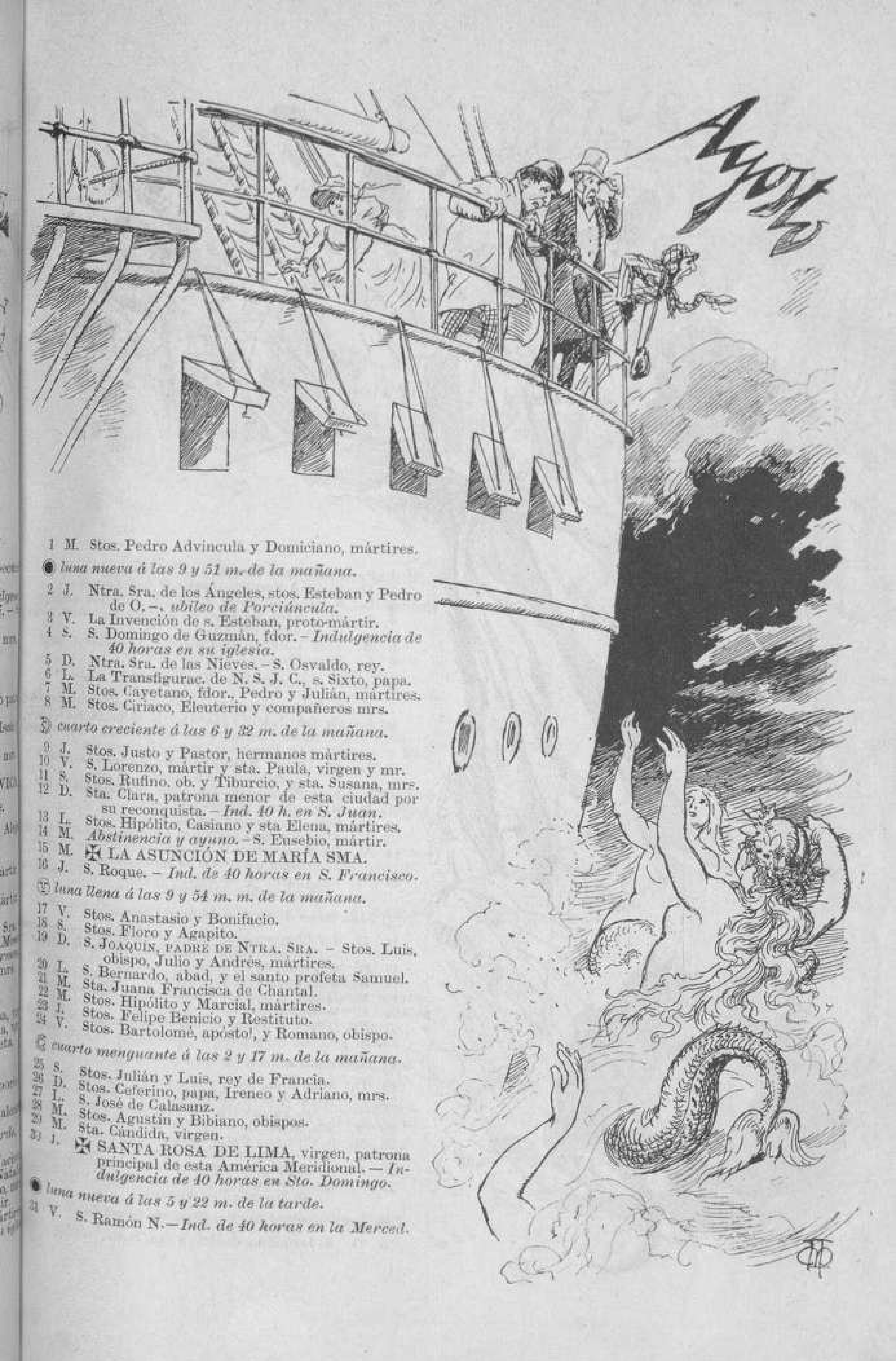
10 M. Stos. Januario, Félix, Felipe, Silvano, Ale[...]
dro, Vital y Marcial, mártires.
11 M. Stos. Pío, papa, y Cipriano, mártires.
12 J. Stos. Juan Gualberto, abad, y Félix, márt[...]
13 V. S. Anacleto, papa y mártir.
14 S. Stos. Buenaventura, obispo, y Cirilo, márt[...]
15 D. S. Enrique, emperador.
16 L. El Triunfo de la Sma. Cruz. – Nuestra Sra[...]
Carmen. – *Indulg. de 40 horas en Mo[...]*
rrat, la Concepción, Teresas y Car[...]
17 M. S. Alejo, cfr., stas. Donata y Segunda, m[...]

luna llena á las 6 y 34 m. de la tarde.

18 M. S. Camilo de Lelis, fdor. y sta. Sinforosa, [...]
19 J. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina, [...]
20 V. Stos. Jerónimo, Emiliano y Elías, profeta.
21 S. Stos. Víctor y Feliciano, mártires.
22 D. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
23 L. Stos. Apolinario, obispo y mártir, y Libor[...]
24 M. S. Francisco Sol.
25 M. Santiago, apóstol, s. Cristóbal y sta. Val[...]

☾ *cuarto menguante á las 5 y 35 m. de la tarde.*

26 J. Santa. Ana, madre de Ntra. Sra. y S. Joa[...]
27 V. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs. y sta. Nata[...]
28 S. Stos. Inocencio, papa, Nazario y Acacio, m[...]
29 D. Sta. Marta, virgen y s. Faustino, mártir.
30 L. Stos. Abdón, Senén y sta. Máxima, márt[...]
31 M. S. Ignacio de Loyola. – *Ind. 40 h. en su igl[...]*



1 M. Stos. Pedro Advincula y Domiciano, mártires.

luna nueva á las 9 y 51 m. de la mañana.

2 J. Ntra. Sra. de los Ángeles, stos. Esteban y Pedro de O. –. *ubileo de Porciúncula.*
3 V. La Invención de s. Esteban, proto-mártir.
4 S. S. Domingo de Guzmán, fdor. – *Indulgencia de 40 horas en su iglesia.*
5 D. Ntra. Sra. de las Nieves. – S. Osvaldo, rey.
6 L. La Transfigurac. de N. S. J. C., s. Sixto, papa.
7 M. Stos. Cayetano, fdor., Pedro y Julián, mártires.
8 M. Stos. Ciriaco, Eleuterio y compañeros mrs.

cuarto creciente á las 6 y 32 m. de la mañana.

9 J. Stos. Justo y Pastor, hermanos mártires.
10 V. S. Lorenzo, mártir y sta. Paula, virgen y mr.
11 S. Stos. Rufino, ob. y Tiburcio, y sta. Susana, mrs.
12 D. Sta. Clara, patrona menor de esta ciudad por su reconquista. – *Ind. 40 h. en S. Juan.*
13 L. Stos. Hipólito, Casiano y sta Elena, mártires.
14 M. *Abstinencia y ayuno.* – S. Eusebio, mártir.
15 M. ✠ LA ASUNCIÓN DE MARÍA SMA.
16 J. S. Roque. – *Ind. de 40 horas en S. Francisco.*

luna llena á las 9 y 54 m. m. de la mañana.

17 V. Stos. Anastasio y Bonifacio.
18 S. Stos. Floro y Agapito.
19 D. S. JOAQUIN, PADRE DE NTRA. SRA. – Stos. Luis, obispo, Julio y Andrés, mártires.
20 L. S. Bernardo, abad, y el santo profeta Samuel.
21 M. Sta. Juana Francisca de Chantal.
22 M. Stos. Hipólito y Marcial, mártires.
23 J. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
24 V. Stos. Bartolomé, apóstol, y Romano, obispo.

cuarto menguante á las 2 y 17 m. de la mañana.

25 S. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
26 D. Stos. Ceferino, papa, Ireneo y Adriano, mrs.
27 L. S. José de Calasanz.
28 M. Stos. Agustín y Bibiano, obispos.
29 M. Sta. Cándida, virgen.
30 J. ✠ SANTA ROSA DE LIMA, virgen, patrona principal de esta América Meridional. – *Indulgencia de 40 horas en Sto. Domingo.*

luna nueva á las 5 y 22 m. de la tarde.

31 V. S. Ramón N. – *Ind. de 40 horas en la Merced.*



1 S. Stos. Sixto, obispo, y Gil, abad.
2 D. Stos. Antonino, mártir, y Esteban, rey.
3 L. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia, mártir
4 M. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalía, virgen, y
Silvano, mártir.
5 M. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano, obis
6 J. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.

cuarto creciente á las 9 y 3 m. de la noche.

7 V. S. Juan, mártir, y sta. Regina, virgen y mar
8 S. ✠ LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍ
MA.—*Indulgencia de 40 horas en S. Jo*
San Francisco y en Montserrat.
9 D. EL DULCE NOMBRE DE MARÍA.—S. Jerónim
sta. María de la Cabeza.
10 L. Stos. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio,
11 M. S. Emiliano, obispo y mártir.
12 M. Stos. Serapio y Leoncio, mártires.
13 J. Stos. Eulogio, obispo y Amaro, abad.
14 V. La Exaltación de la Santísima Cruz.—*Ind*
gencia de 40 horas en el Socorro.
15 S. La Aparición de sto. Domingo de Guzmán
Soria.—Sta. Melitona.

luna llena á las 12 y 54 m. de la noche.

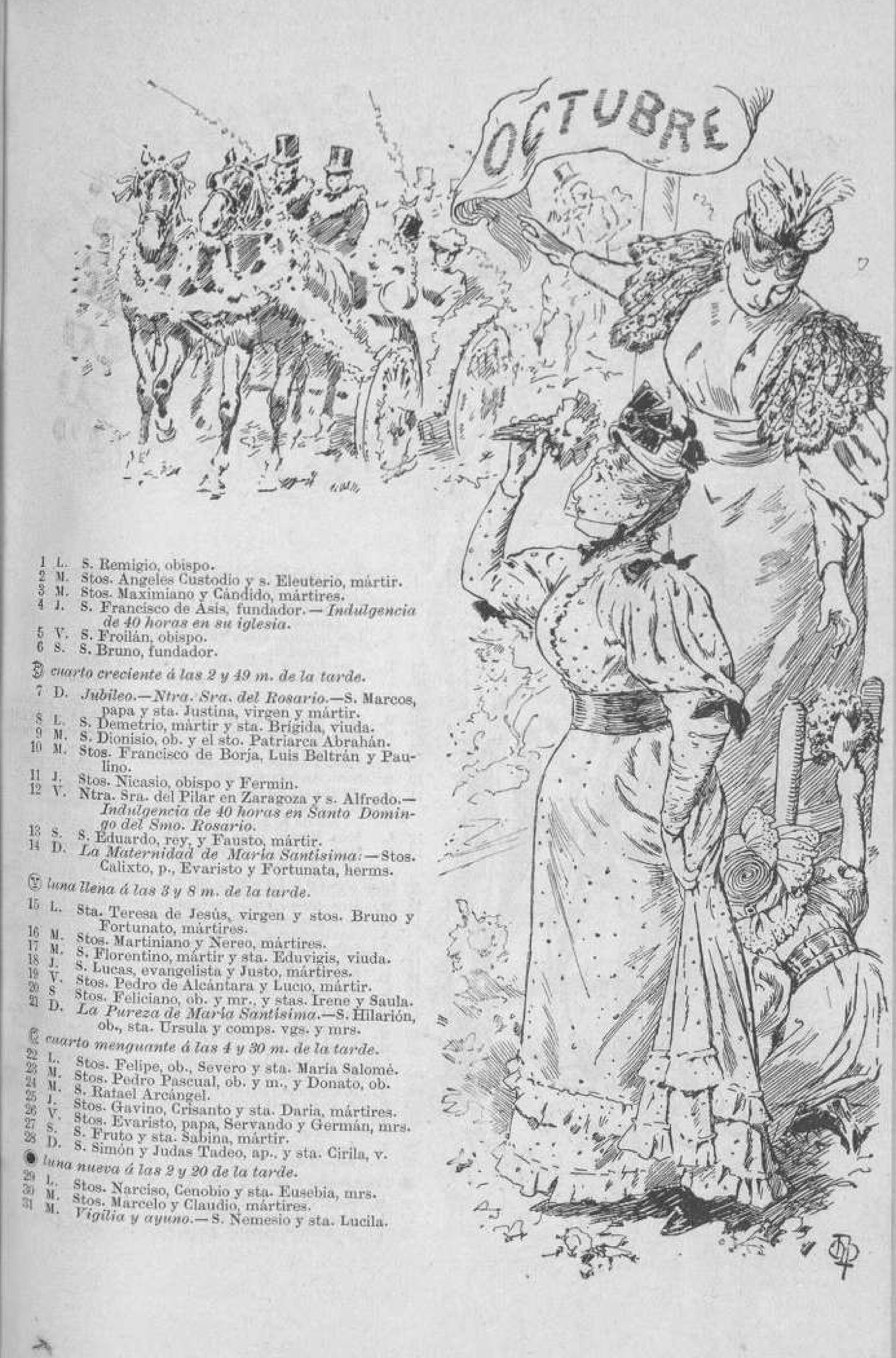
16 D. La Conmemoración de los Dolores de la
Virgen.—Stos. Cornelio y Cipriano, mar
17 L. S. Pedro de Arbués.
18 M. Sto. Tomás de Villanueva y sta. Sofía, márt
19 M. *Témp. y ayuno.*—S. Genaro y compañs. mr
20 J. S. Eustaquio.
21 V. *Témp. y ayuno.*—S. Mateo, ap. PRIMAVE
22 S. *Témp. y ayuno.*—S. Mauricio y comps. mr

cuarto menguante á las 9 y 36 m. de la mañan

23 D. Stos. Lino, papa y mártir y Constancio, ob
24 L. Ntra. Sra. de las Mercedes.—*Ind. de 40 h*
en su iglesia.—S. Gerardo, obispo.
25 M. Sta. María de Cervellón (ó del Socorro).
26 M. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.
27 J. Stos. Cosme y Damián, hermanos, mártires.
28 V. S. Wenceslao, mr. y el beato Simón de Ro
29 S. Dedicación de S. Miguel Arcángel.—*Indulg*
40 horas en su iglesia.

luna nueva á las 2 y 38 m. de la mañana.

30 D. S. Jerónimo, doctor, y sta. Sofía, viuda.



1 L. S. Remigio, obispo.
2 M. Stos. Angeles Custodio y s. Eleuterio, mártir.
3 M. Stos. Maximiano y Cándido, mártires.
4 J. S. Francisco de Asís, fundador.—*Indulgencia de 40 horas en su iglesia.*
5 V. S. Froilán, obispo.
6 S. S. Bruno, fundador.

cuarto creciente á las 2 y 49 m. de la tarde.

7 D. *Jubileo.—Ntra. Sra. del Rosario.*—S. Marcos, papa y sta. Justina, virgen y mártir.
8 L. S. Demetrio, mártir y sta. Brígida, viuda.
9 M. S. Dionisio, ob. y el sto. Patriarca Abrahán.
10 M. Stos. Francisco de Borja, Luis Beltrán y Paulino.
11 J. Stos. Nicasio, obispo y Fermín.
12 V. Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza y s. Alfredo.—*Indulgencia de 40 horas en Santo Domingo del Smo. Rosario.*
13 S. S. Eduardo, rey, y Fausto, mártir.
14 D. *La Maternidad de María Santísima.*—Stos. Calixto, p., Evaristo y Fortunata, herms.

luna llena á las 3 y 8 m. de la tarde.

15 L. Sta. Teresa de Jesús, virgen y stos. Bruno y Fortunato, mártires.
16 M. Stos. Martiniano y Nereo, mártires.
17 M. S. Florentino, mártir y sta. Eduvigis, viuda.
18 J. S. Lucas, evangelista y Justo, mártires.
19 V. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mártir.
20 S. Stos. Feliciano, ob. y mr., y stas. Irene y Saula.
21 D. *La Pureza de María Santísima.*—S. Hilarión, ob., sta. Ursula y comps. vgs. y mrs.

cuarto menguante á las 4 y 30 m. de la tarde.

22 L. Stos. Felipe, ob., Severo y sta. María Salomé.
23 M. Stos. Pedro Pascual, ob. y m., y Donato, ob.
24 M. S. Rafael Arcángel.
25 J. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daría, mártires.
26 V. Stos. Evaristo, papa, Servando y Germán, mrs.
27 S. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.
28 D. S. Simón y Judas Tadeo, ap., y sta. Cirila, v.

luna nueva á las 2 y 20 de la tarde.

29 L. Stos. Narciso, Cenobio y sta. Eusebia, mrs.
30 M. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.
31 M. *Vigilia y ayuno.*—S. Nemesio y sta. Lucila.



NOVIEMBRE

1 J. ✠ FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.—San Cesáreo, mártir.
2 V. La Commemoración de los fieles difuntos.—San Ciriaco, mártir.
3 S. Los innumerables Mártires de Zaragoza, santa Eustoquia.
4 D. Stos. Carlos Borromeo y Nicandro, mártires.
5 L. S. Félix y Eusebio, y el bto. Martín de Porres.

cuarto creciente á las 11 y 4 m. de la mañana

6 M. Stos. Severo, obispo y mr., y Leonardo, cfr.
7 M. Stos. Florencio, obispo y Amaranto, mártir.
8 J. Stos. Severo y Victorino, mártires.
9 V. Stos. Teodoro y Alejandro, mártires.
10 S. Stos. Andrés Avelino, Trifón y sta. Ninfa, mrs.
11 D. *El Patrocinio de Ntra. Sra.*—S. MARTÍN, ob. Patrón principal de esta Archid.—*Indulgencia de 40 horas en Balvanera.*
12 L. Stos. Martín, papa y mr., Diego de Alcalá.
13 M. Stos. Antonio, Germán, mártires, y Estanislao de Koska.

luna llena á las 4 y 26 m. de la mañana.

14 M. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
15 J. Stos. Eugenio, obispo y mártir, Leopoldo y santa Gertrudis, virgen.
16 V. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mártires.
17 S. Stos. Gregorio Taumaturgo y Victor.
18 D. S. Máximo, obispo.
19 L. S. Ponciano, p. y mr. y sta. Isabel, reina.

cuarto menguante á las 12 y 1 m. de la noche.

20 M. Stos. Félix de Valois y Octavio, mártires.
21 M. La Presentación de Ntra. Sra.—Stos. Alberto y Honorio, mártires.
22 J. Sta. Cecilia, virgen y mártir.
23 V. S. Clemente papa, y sta. Lucrecia, virgen y mr.
24 S. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, virgen y mr.
25 D. *Ntra. Sra. de la Piedad.—Ind. de 40 horas en su iglesia.*—Sta. Catalina virgen y mr.
26 L. Los Desposorios de Ntra. Sra., y s. Fausto.
27 M. Stos. Facundo, Primitivo y Acacio.

luna nueva á las 5 y 2 m. de la mañana.

28 M. Stos. Gregorio III, papa, y Mansueto.
29 J. Stos. Saturnino y Filomeno.
30 V. S. Andrés, apóstol, y sta. Justina, virgen y mr.



DICIEMBRE

1 S. S. Eloy, sta. Cándida, mártires, y sta. Natalia.—CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
2 D. *I de Adviento.*—S. Silvano, ob. y sta. Bibiana, virgen y mártir.
3 L. Stos. Francisco Javier, Crispín y Claudio, mrs.
4 M. S. Pedro Crisólogo, ob., y sta. Bárbara, virgen.
5 M. S. Sabas, abad y sta. Crispina, mártir.

cuarto creciente á las 8 y 2 m. de la mañana.

6 J. *Ayuno.*—S. Nicolás de Bari.
7 V. Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.
8 S. LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA, y s. Sifronio.
9 D. *II de Adviento.*—Stas. Leocadia y Valeria, mrs.
10 L. Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.
11 M. Stos. Dámaso, papa, y Daniel Estilita.
12 M. S. Donato y sta. Emerenciana, virgen y mártir.

luna llena á las 4 y 44 m. de la tarde.

13 J. Sta. Lucía, virgen y mártir.
14 V. *Ayuno.*—Stos. Nicasio, ob., y Arsenio, mártir.
15 S. *Ayuno.*—Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato.
16 D. *III de Adviento.*—Stos. Eusebio, obispo y Valentín, mártires.
17 L. Stos. Lázaro, obispo, y Floriano, mártir.
18 M. La Espectación de Ntra. Sra., y s. Teótimo.
19 M. *Témporas y ayuno.*—Stos. Nemesio y Ciriaco.

cuarto menguante á las 9 y 2 m. de la mañana.

20 J. Sto. Domingo de Silos y sta. Liberata.
21 V. *Témp. y ayuno.*—Sto Tomás, ap. VERANO.
22 S. *Témp. y ayuno.*—Stos. Demetrio y Floro, mrs.
23 D. *IV de Adviento.*—El beato Nicolás Factor, y sta. Victoria, virgen y mártir.
24 L. *Vigilia, ayuno y abstinencia.*—Stos. Gregorio y Luciano, mártires.
25 M. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C., y santa Anastasia, virgen.
26 M. S. Esteban, proto-mártir.

luna nueva á las 10 y 29 m. de la noche.

27 J. S. San Juan, apóstol y evangelista.
28 V. Los Santos Inocentes, stos. Teodoro y Castor.
29 S. Sto. Tomás Cantuariense, obispo y mártir, y el sto. rey profeta David.
30 D. Stos. Severo, Honorio y Donato, mártires.
31 L. S. Silvestre, papa, y stas. Paulina, Hilaria, mrs.



IN ILLO TEMPORE

(DEL LIBRO, INÉDITO: «LO ÍNTIMO»)

Estrujada, blanda, perfumada, y ya á punto de chuparla, contemplaba yo la hermosa naranja que tenía en las manos, buscando el sitio por donde había de abrirla con una dentelladita, cuando la india Valentina entró presurosa trayendo en el brazo mi vestidito de iglesia.

—Pronto, pronto, niña, que la señora sale ya, y Juliana detrás con la alfombra... ¡Vamos, vamos!... ¿No ves que son las ocho, y que el padre Guzmán estará aguardando revestido, al pie del altar del Milagro?

Así diciendo la autoritaria india me despojaba de mi bata de blanco piqué, endosándome el odioso traje negro y cubriendo mi cabeza con la mantilla de sarga orlada de encajes, que ni por eso dejaba de serme insoportable.

—¿Y mi naranja? clamaba yo; déjame sorberla.

—No hay tiempo. Déjala en el armario del comedor: ya la sorberás al regreso.

—¡Dejarla!... para que me la roben... tú, la primera, india antojadiza, añadí mentalmente.

Y fingiendo guardar mi naranja en la alacena del comedor, la oculté en el bolsillo de mi falda; y reunida á mi madre, marché delante de ella, camino de la catedral.



Como lo había dicho Valentina, el padre Guzmán, revestido, juntas las manos y de pie ante el altar del Milagro, aguardaba la seña del monaguillo anunciando la llegada de aquella que había encomendado la misa... Una misa interminable; porque el padre Guzmán, devoto perseguido por escrupulosas aprensiones, cuando creía haberse distraído en oración, epístola ó evangelio, comenzábalos de nuevo y aquello era nunca acabar.

Y yo, de rodillas delante de mi madre, sobre la mullida alfombra extendida por Juliana á dos pasos del altar, una vez que me hube santiguado y dicho la primera oración, á la sombra de mi mantilla chupaba con fruición infinita la naranja, que sigilosamente había sacado del bolsillo y abierto de un mordiscón.

De repente el delicioso jugo se atragantó en mi esófago...

El padre Guzmán, inclinado para el *confiteor Deo* ante el altar, cuyo frontal formábanlo tres bellos espejos, tenía los ojos, no bajos, como lo requerían las palabras que pronunciaba, sino fijos en mi naranja con severísimo ceño.

Cuando acabado el *mea culpa* subió al altar, vilo decir algo al monaguillo.

Pero ¡qué lejos estaba yo de pensar que ese *algo* era una denuncia, por más que viera al monaguillo venir hacia nosotros y hablar á mi madre al oído!

Pero en el mismo instante una mano se introdujo bajo mi mantilla y me arrebató la naranja, que ví entregar á Juliana y desaparecer entre su rebozo de franela negra.

Aquella acusación, que me entregaba á un castigo seguro, parecióme tan inicua, y encendió en mi ánimo tal indignación, que cuando el padre Guzmán se volvió al auditorio, en el primer *Dominus vobiscum*, le hice una mueca horrible.

El santo varón la vió, y profundamente impresionado, cuantas veces se volvía fijaba la vista en mí.

¡Qué más quise yo para enviarle, ya en los *Dominus vobiscum* ú *orate frates*, las más feas carantoñas!

Sin embargo, como la misa era larga, mi enojo tuvo tiempo de calmarse y de convertirse en miedo.

¿No había, en verdad, motivo de sobra para ello? ¡Qué capítulo de culpas no habría de hacerme aquel á quien había ofendido con ultrajante insolencia, él, tan severo con la parvedad de la naranja!

Recordaba una á una las muecas con que aguardaba su mirada, y me estremecía de terror, creyendo oírselas enumerar en el latín de sus palabras.

Inclinada la cabeza, cruzados los brazos, la blonda de mi mantilla sobre los ojos, anhelaba que la misa no acabara jamás.

Pero como todo tiene fin, túvolo la misa del padre Guzmán.

¿Qué cara me pondría al dar la bendición? Probablemente de gloria, al verme en completa derrota.

Con un toquecito en la espalda, me ordenó mi madre levantarme.

Hícelo y la seguí.

Ya en la calle, y caminando á su lado, yo, que aguardaba el capítulo de las reconvenciones, para mí de pésimo sabor, porque encerraba casi siempre la recrudescencia de anteriores faltas, comencé á asustarme de su silencio: aquel mutismo estaba hinchado de tempestades.

Me atreví á probar interrumpirlo, y al pasar por delante de la casa de Costas:

—Misia Panchita está en la ventana, dije tomando de esta indicación pretexto para mirar á mi madre.

Seria y silenciosa pasó sin volverse y siguió adelante.

Cuando llegamos á casa, Valentina, que vino á mí para cambiarme de vestido, recibió la orden de encerrarme y traer á entregar la llave.



Aquello significaba calabozo hasta la hora de acostarse; el máximun de la pena de encierro.

Valentina me llevó como el pobre corderito que conducen al matadero: resignada, inerte.

—Pero ¿qué ha habido? preguntábame la india.

Y yo con despecho:

—Haz lo que te mandan, Valentina, y déjame en paz, respondía.

En ese momento llaman en el vestíbulo, y luego oí la voz de mi madre que decía:

—¿El padre Guzmán? Háganlo entrar en el salón, y sirvan mate.

—¡Por Dios! dije á Valentina, acaba de vestirme y déjame ir á escuchar. El padre Guzmán viene á acusarme y hacerme castigar.

La curiosidad puso alas á las manos de la india, que en un *amén* me dejó lista, y corrió conmigo á la antesala, donde ambas pegamos el oído á una rendija de la puerta.

Y yo, no sólo escuchaba: veía al padre Guzmán, que sentado en un sillón frente á mi madre, tenía en las manos el mate, y entre sorbo y sorbo, con voz melosa decía:

—Es una criatura y no sabe lo que hace... pero en verdad, me perturbó mucho; y por veces, á punto de equivocar los pasos del Divino Sacrificio.

—¡Jesús! murmuró á mi oído Valentina. Niña, has ido á hacer en la iglesia el oficio del demonio. ¡Al encierro! ¡al encierro!

Y asiendo de mí, llevábame al calabozo...

En aquel momento, Manuel Puch, el esposo de mi hermana, se me apareció como un ángel salvador.

Al entrar en la antesala, detuvo á Valentina, preguntándole dónde me llevaba.

Yo me abracé á él y le conté mi cuita.

Manuel, riendo, me llamó perversa; pero secó mis lágrimas y tomándome en sus brazos entró conmigo en el salón.

Felizmente no estaba allí mi madre, llamada por una amiga al dormitorio, donde le estaba hablando de un asunto reservado.

El padre Guzmán, solo en el salón, leía, tomando mate, *El Argos*, de Buenos Aires.

—¡Tanto bueno por acá! exclamó Manuel Puch haciéndose de nuevas. ¿Sale usted del coro, mi querido padre?

—No, hijito: me desayuno después de la misa... ¡ay! ¡de la misa en que ese angelito de Dios me ha hecho caer en pecados de impaciencia y perturbación!

—¡Cómo!!!

—Como usted oye.

Y el padre Guzmán refirió á Manuel las escenas de la naranja y de mis criminales gesticulaciones.

Manuel lo escuchaba con fingida compunción, y...

—Mamá, dijo, poniéndome ante la airada señora que regresaba. He aquí una culpable que se ampara de mí para alcanzar perdón. Como dice el padre Guzmán, es una criatura y no supo lo que hizo... ¡Ah, padre! ¡cuántos de los niños que Cristo llamó á sí, cuando sus discípulos los rechazaban, cuántos se acercarían á Él comiendo una naranja!...

* * *

Años después, cuando leí el Evangelio y pude comprender sus sublimes enseñanzas, comprendí también la lección que Manuel Puch dió al padre Guzmán en esas palabras.

Juana Manuela Gorriti.

1892





LA FELICIDAD

¡Quién no soñó en sus favores!
¿Queréis saber dónde está?
En la casita risueña
oculta en el robledal,
como entre hojas de esmeralda
fresco ramo de azahar.
En su techo crece el musgo,
dos tilos sombra la dan,
y á su pie, lento arroyuelo
rueda sin reir jamás.
Canta en la ventana un mirlo,
duerme un perro en el umbral,
y cual de copos de nieve
que revuelan sin cesar,
de nítidas mariposas
se esmalta el aura fugaz.
Oculta en esta morada
ríe la felicidad...
pero hay que quedarse fuera;
si entráis, no la veréis ya.

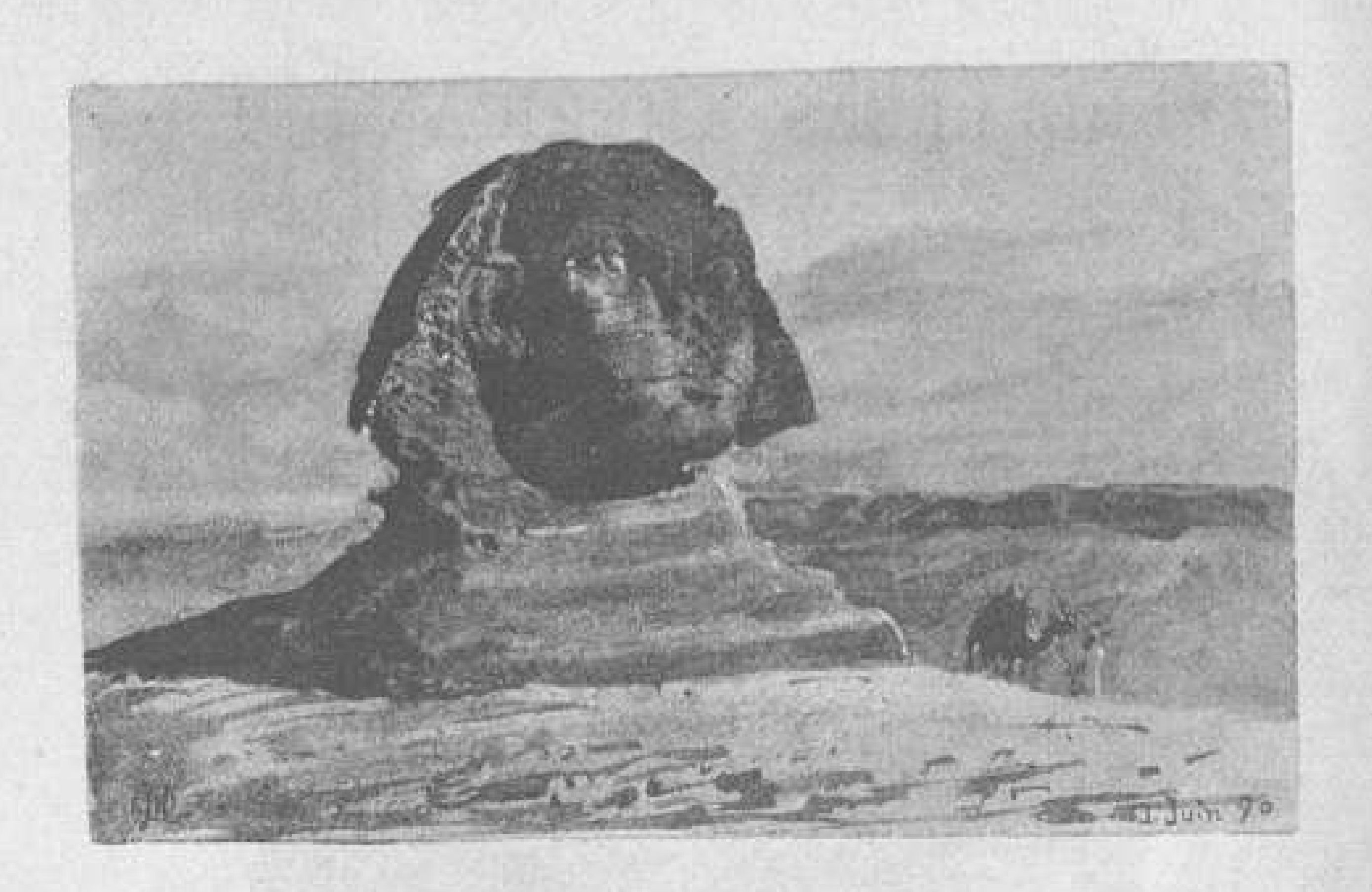
Moisés Numa Castellanos.

Buenos Aires, 1893.

BELLEZAS AMERICANAS



URUGUAYA



LA ESFINGE

(SONETOS)

I

La caravana por camino incierto
con recelosa lentitud avanza,
temiendo, á cada paso, la asechanza
de las nómadas tribus del desierto.

Por todas partes el espacio abierto
se pierde en fatigosa lontananza,
y donde quiera que la vista alcanza
todo está triste, desolado y muerto.

Ni verde selva, ni azulado monte
el mar limita de infecunda arena
en que el dócil camello hunde su planta;

Y sólo al fin del diáfano horizonte,
brillando al sol, inmóvil y serena,
la colosal Esfinge se levanta.

II

Sembrado está de huesos, que calcina
sol inclemente, el árido contorno,

y por el aire, ardiente como un horno,
no cruza ni una humilde golondrina.

Alza el polvo sutil densa neblina
de la cansada caravana en torno,
que rindiéndose al peso del bochorno
con soñolienta postración camina.

Nada su sed devoradora aplaca,
antes se irrita más, cuanto más finge
gratos *oasis* el febril anhelo.

Y en la remota línea se destaca
la granítica mole de la Esfinge,
impenetrable y muda como el cielo.

III

Buscando alivio á sus atroces penas
en su camello el árabe dormita.
Mas ¡ay! de pronto se incorpora, y grita,
y siente hervir la sangre de sus venas.

Es que el *Simún*, rompiendo sus cadenas,
oscurece la bóveda infinita
y con terrible convulsión agita
el vasto mar de líbicas arenas.

El monstruo asolador todo lo arrasa;
arrolla en desatado torbellino
la caravana sin ventura, y pasa.

Y cuando vuelve á sosegarse el llano,
allá, ciega y brutal como el Destino,
se alza la Esfinge en el confín lejano.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

Madrid, Diciembre 24 de 1892

DE METASTASIO

Si ciascun l' interno afanno...

Si se escribiera en la frente
las penas del corazón,
¡cuántos que envidia la gente
movieran á compasión!

C. MALAGARRIGA.

1893.



Á VERDI

Como blancos aljófares la aurora
tu inspiración derrama dulces notas,
armonías magníficas, ignotas
que el fuego interno de tu ser colora.

Los cantos que tu numen atesora
derrochas prodigioso, mas no agotas,
y al arte con *Falstaf*, soberbio dotas,
de tu ocaso titánico en la hora.

Tu genio noble, original, profundo,
todo esmalta con tinte primoroso:
en forma y expresión, llevas la palma,

y cuanto hay grande y bello en este mundo,
un eco tiene, singular y hermoso,
en el gigante diapasón de tu alma!

ÁNGEL MENCHACA.

Buenos Aires 1893.

EPIGRAMA

—¡Ah, infame! ¿tras de esa loca
corres con pasión liviana?
¿pues no te casas con Ana?
—Es que estoy *haciendo boca*.



EL RAMO DE FLORES

Decididamente la hermosa señora de Villasol se aburría.

Envuelta en una bata blanca, que modelaba la atrevida curva de su seno, haciendo adivinar verdaderos tesoros de belleza plástica, y con los cabellos desprendidos sobre la espalda, como regio manto de oro, se entretenía en deshojar el ramo de flores que la noche anterior, en el baile, había besado en un momento de locura.

De pronto se enderezó en el sofá y exclamó:

—¡Fanny!

—¿Señora? dijo una voz fresca y argentina, desde una habitación inmediata.

Y casi al mismo tiempo asomó un rostro encantador de mujer, mejor de niña, en cuyos ojos parecía haber puesto el cielo todo su azul y el sol todo su brillo.

—Vén, dijo la aburrida dama, arrojando indiferente al suelo el deshojado ramo de flores.

—Señora... repitió la muchacha, acercándose tímidamente á la joven.

—Oye, dijo ésta, tomando cariñosamente una de las manos de Fanny; ¿á qué hora volvió anoche el señor?

—A las diez.

—¿A las diez? ¡imposible! No puede ser, Fanny.

—¡Oh! no lo dude la señora; acababan de dar; el señor me preguntó por usted, le dije que estaba vistiéndose para el baile, contestó que hacía usted perfectamente en divertirse, me dió las buenas noches y se fué á la cama.

—¿A las diez? ¡repito que es imposible!

—Ya sabe usted que el señor se recoge temprano.

—No, no lo sabía; ¡le veo tan pocas veces!

—Pues es una lástima.

—¿Una lástima, dices?

—Sí, señora; ¡una viva lástima!... ¡el señor es tan bueno!

—¡Muy bueno! de eso me quejo, inocente, ¡de que sea tan bueno! Y luego, ¡qué costumbre! ¡se acuesta á las diez! ¡Vaya si es divertido!... ¡Pero, señor! ¿para qué se casarán ciertos hombres? ¿para hacer la felicidad de sus mujeres? ¡La felicidad!... no conozco nada más aburrido que la felicidad.

—No diga usted eso, señora.

—¿Cómo no he de decirlo, si no hay emoción posible con esos caballeros? Yo hubiera deseado un marido de pasiones salvajes, que hubiese dramatizado nuestra existencia... ¡Que me hubiese asesinado, á ser preciso! Pero ¡nada! resultó un santo, y ahí le tienes que no me ha dado un disgusto todavía desde que nos casamos... ¡Ah! ¡soy muy desdichada!

—¡La señora mira las cosas de una manera!

—¿Crees que eso es felicidad? ¿crees que para un temperamento como el mío es agradable una vida como ésta, sin episodios, sin sacudimientos de nervios, sin conflictos; una vida, en fin, en la que no sucede nada? pues es una desdicha, te lo aseguro. Pero dime, ¿se ha levantado ya mi señor marido?

—Sí, señora.

—Temprano, ¿eh?

—Muy temprano.

—¡Bien decía yo! ¿y preguntó por mí? ¡apuesto á que tuvo la poca vergüenza de preguntar por mí!

—Preguntó si la señora había vuelto muy tarde del baile.

—Con su cara de siempre, ¿eh? sin fruncir el ceño, sin dirigirte miradas oblicuas...

—Al contrario, señora; parecía más alegre que nunca.

—Pues bien, otra vez... otra vez le dices que no he vuelto á casa; que me he escapado... no importa con quién, con el que tú quieras; me es igual; á ver si aplicándole el botón de fuego de los celos da señales de vida. Porque... ¡vamos! esto es insufrible. Que me sea á mí indiferente, puesto que me casaron á la fuerza, pase; pero que él, que se casó por amor, que me quiere *todavía*, se acueste á las diez y me deje ir sola al baile, dejándome abandonada en el camino de la perdición, no se comprende.

—¡Como tiene confianza en la señora!...

—Y es una lástima, murmuró la señora de Villasol, con aire pensativo; ¡qué poquísimo talento el suyo!... si él hubiese querido, todavía habría podido amarle... ¿quién lo duda? hubiérale bastado para ello con esclavizarme, con olvidarme por otras... con ofenderme. Pero ¡bah! es un bendito, ¿y qué puede esperarse de un hombre así? Y si al menos los otros fuesen... *otros*, agregó, después de una corta pausa; pero, no, señor; todos son lo mismo. Un espíritu ávido de novedades y emociones desconocidas como el mío no puede contar con ellos para nada. Siempre la misma estrategia amorosa, siempre el mismo lenguaje; no saben salir de lo vulgar. Dígalo si no ese

vizconde portugués que tanta sensación ha causado en los círculos brillantes por su figura, su elegancia y sus millones; yo pensaba, cuando anoche le ví acercarse á mí, atraído por el sol de mi hermosura, como afirmó creyendo decir alguna novedad, que iba á escuchar de sus labios frases nunca oídas... y no cometió más que plagios. Pero creo que llaman... ¿quién será?

—Tal vez el señor...

—¿Mi marido? pues le dices... que no estoy visible. ¡Vaya una hora para visitas!

Fanny, acostumbrada y todo como estaba á las genialidades de la joven, no pudo menos que mirarla con asombro, é iba ya á salir para comunicar al señor de Villasol, si era él, que la señora no recibía, cuando ésta la detuvo de un brazo y le dijo rápidamente:

—Se me ocurre una idea; puesto que nada turba la sorprendente calma de mi señor marido; puesto que falta escandalosamente á sus deberes de casado... dándome gusto en todo, lo que empieza á hacerme dudar de la sinceridad de sus sentimientos, de la bondad que hasta ahora había creído ingénita en él, quiero decirle, por si no lo sabe... ¡que es un infame!

—¡Pero, señora!

—¡Sí, un infame! si no lo fuese, no sería tan complaciente conmigo; no fingiría virtudes imposibles; no me dejaría ir sola al baile... ¡Dios sabe por qué! tal vez para quedarse en casa con más libertad, y...

—¿Por qué me mira de ese modo la señora?

—¡Oh! ¡no es nada! una idea que cruzó por mi mente y que dejó en mi espíritu una impresión extraña... Porque la verdad es, mi buena Fanny, que eres muy linda...

—Señora...

—Y luego, ¡el señor de Villasol es tan bueno! no te cansas de repetirlo; me lo has dicho mil veces.

—Es verdad, señora.

—Y luego, ¡son tan raros los santos en la tierra!... ¡hay tan pocos maridos que merezcan ser canonizados!

—No comprendo...

—¿No comprendes, hija mía? no es raro... ¡eres tan niña! En fin, no hablemos más de esto: dí al señor que pase.

Fanny se alejó confundida y poco después apareció el señor de Villasol.

—¡Oh, mi buen amigo! dijo la joven, levantándose y tendiendo la mano á su esposo; ¡qué fortuna! ¿conque por fin se ha dignado usted honrarme con su amable visita? ¡cuánto se lo agradezco! pero... ¿qué significa ese aire sombrío? ¿no estrecha usted mi mano?

—No, señora, dijo secamente el señor de Villasol.

La joven miró con asombro á su marido y se pasó la mano por los ojos: creía estar soñando.

—Parece, dijo por fin sonriendo amargamente y con acento reconcentrado, que se ha cansado usted de fingir un cariño cuya falsedad había sospechado ya; hace usted bien: vale más el desdén franco en los ojos que el amor mentido en los labios. Pero no por eso debe faltar usted á las leyes de la cortesía, de que no puede prescindir ningún caballero al dirigirse á una dama... porque, la verdad, me ofende usted con su actitud poco correcta. ¿Que no me quiere usted? ¡santo y bueno! pues se dice claramente, sin añadir al aborrecimiento el insulto. Además, ¿qué tiene de particular que no me quiera usted ya? ¿ha de estar uno enamorado siempre de la misma mujer? ¡qué tontería! Es verdad que todos dicen que soy muy bella; pero hay otras que lo son también, y más aún, puesto que tienen un encanto que no tengo yo: el encanto de lo prohibido. Fanny, por ejemplo.

—Dice usted bien, señora, contestó el señor de Villasol con naturalidad.

—¡Ah! ¿conque confiesa usted que la ama? dijo la joven, tratando en vano de sonreir.

—¿A qué negarlo? quise ocultar esta pasión en el fondo de mi pecho, por razones fáciles de comprender, pero puesto que ha sido usted tan suspicaz...

—¿Y para decirme que ama usted á Fanny, se ha tomado la molestia de venir á verme?

—No es ese precisamente el objeto de mi visita, señora.

—¿No? entonces no adivino...

—Hasta ahora todo el mundo ignora mis amores con Fanny, y todos me creen un marido ejemplar, un hombre de conducta intachable, lo que quiere decir que he tenido el suficiente talento, ó llámele usted hipocresía, de aparentar virtudes de que no me sentía capaz, y guardar á usted públicamente todas las consideraciones debidas. Pero usted, señora, ha procedido de muy distinto modo, y apenas habrá quién no sepa que mientras el señor de Villasol la prodiga todos los tesoros de su ternura, real ó fingida, usted se complace en escarnecer su decoro y en cubrirle de ridículo.

—¿Yo?

—¡Usted, señora!

—Pues no sé de qué manera.

— De la manera más sencilla; aceptando los galanteos de todo el mundo, y colocando en el seno ramos de flores ofrecidos por manos aristocráticas.

—¡Ah! ¿se refiere usted al *bouquet* de ese pobre vizconde?

—Efectivamente, á él me refiero.

—¿Y qué falta hay en aceptar flores de un hombre galante, y en colocarlas en el seno?

—No será una falta colocarlas en el seno, pero es un crimen llevarlas del seno á los labios.

—Pues bien, no lo niego; besé el ramo de flores y quizá hice mal; pero convengamos, caballero, en que no toda la culpa es mía, sino también del hombre que, afectando torpes complacencias, por mejor encubrir sus faltas, me dejó en completa libertad y expuesta á los peligros de que siempre se ve rodeada la que es hermosa.

—Peligros que aumentan cuando á la hermosura se une la frivolidad.

—Y que son inevitables cuando á la frivolidad se une el abandono...

—¿El abandono?

—Sí, porque usted me ha abandonado á mis caprichos,

dejando que frecuentara la sociedad en compañía de cualquiera, menos de usted, sin duda porque la sociedad no le ofrecía los halagos que encontraba en casa...

—Parece que tiene usted celos de Fanny.

—¿Yo? ¡bah! se equivoca usted, caballero. Pero todavía ignoro el objeto de su visita...

—Pues bien, he venido á decir á usted que acabo de batirme con el vizconde.

—¿Con el vizconde? ¿usted?

—Hace un instante, y lo siento... por usted; pero me ofendió y las leyes del honor son inexorables.

—¿Y en qué le pudo ofender?

—En hacer público alarde de su pasión por usted, y en vanagloriarse de haber obtenido sus favores.

—¡Ah! ¡no es verdad! si en un momento de irreflexión besé el ramo de flores, Dios sabe que aquel beso no nació de mi corazón, sino que le engendró en mis labios un sentimiento de pueril coquetería... La generala me disputaba encarnizadamente las sonrisas del vizconde y quise enloquecer á éste para humillar á mi rival... ¡Que ha obtenido mis favores! ¡miente! ¡miente como un miserable! ¿que le amo? ¡si le amara, no estaría usted pisando en este momento las deshojadas flores de ese maldito ramo, que como manojo de áspides abrigué en mi seno!

—Crea usted, señora, que deploro en el alma tan infame calumnia; pero puesto que ya no tiene remedio y que he cumplido con mi deber de hombre de honor...

—¿Se va usted?

—Sí, señora; ni usted me ama ni yo la amo á usted, y sería una locura seguir viviendo juntos en un mismo hogar.

. . . .

—¿Y se fué usted? preguntábamos algún tiempo después al señor de Villasol, que entre sorbo y sorbo de café acababa de contarnos este episodio de su vida conyugal.

—¡Qué había de irme! contestó sonriendo; mi mujer se arrojó á mis pies llorando y pidiéndome perdón. En vano la rechacé; se colgó de mi cuello y sentí en mis labios el fuego

de los suyos. Mi duelo con el vizconde, mis supuestos amores con la pobre Fanny, mis desdenes, el anuncio de mi separación, todo, en fin, contribuyó á que cambiara súbitamente de ideas y sentimientos respecto á mí. La impuse condiciones y las aceptó sin vacilar. Desde aquel día la traté con desvío, y, lejos de quejarse, se mostró resignada y cariñosa... Pero extremé de tal modo mis rigores, fingí tales defectos, la hice derramar tantas lágrimas, la dí, en una palabra, tan mala vida, que hoy...

—¿Le aborrece á usted?

—¡Me idolatra!

CASIMIRO PRIETO.

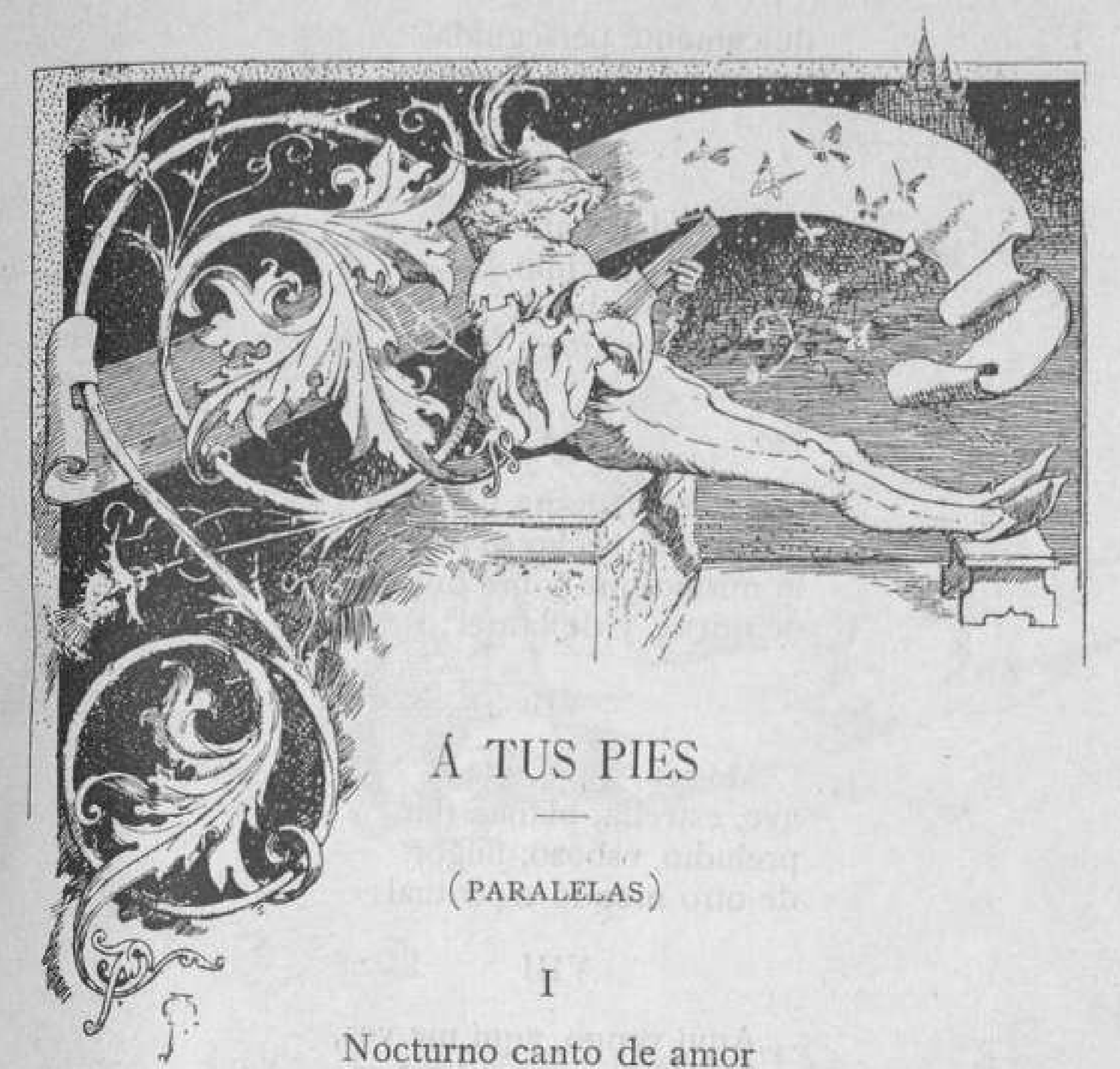


NOCTURNO

Si el cielo de noche
me paro á mirar,
tantas luces y tanto silencio
me dan qué pensar.

Y, al ver como callan
tierra, viento y mar,
me parece que el mundo es un muerto
que van á enterrar.

FEDERICO BALART.



Á TUS PIES

—

(PARALELAS)

I

Nocturno canto de amor
que ondulas en mis pesares,
como en los negros pinares
las notas del ruiseñor;

II

Albo jazmín entre tules
y carnes blancas prendido,
por mi pasión circuïdo
de pensamientos azules;

III

Coloración singular
que mi tristeza iluminas,
como al desierto y las ruinas
la claridad estelar;

IV

Nube que cruzas callada
la extensión indefinida,

dulcemente perseguida
por la luz de mi mirada;

V

Ideal deslumbrador
en el espíritu mío,
como el nimbo de rocío
con que amanece la flor;

VI

Sumisa paloma fiel
que en mi pecho te has dormido,
lo mismo que sobre un nido
de mirtos y de laurel;

VII

Música, nube, ideal,
ave, estrella, blanca flor,
preludio, esbozo, fulgor
de otro mundo espiritual:

VIII

Aquí vengo, aquí me ves,
aquí me postro, aquí estoy,
como tu esclavo que soy,
abandonado á tus pies!

ALMAFUERTE.

Salto Argentino, Enero de 1893

DOLORA

Fué á presidio Juan Portal
por artes de una mujer,
y —La mataré al volver,—
dijo blandiendo un puñal.
Pero, ¿la mató? No hay tal.
Cuando, del puñal armado,
la fué á asesinar, turbado
no pudo vengar su queja,
porque, al verla fea y vieja,
pensó así:—¡Ya estoy vengado!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



FÁBULA ABISINIA

Al entrar en un barrio indígena de una ciudad oriental, ó simplemente en una aldea árabe, al transponer el sol y en día festivo, es casi imposible que no os paréis ante uno de los muchos corros en que hombres y mujeres, jóvenes y chicos, no estén pendientes de los labios de un viejo narrador ó poeta, y que con los movimientos de la cabeza y de los rasgos todos de la movible fisonomía no den señales de loca risa ó de candorosa admiración provocadas por el asunto que en forma enfática y fantástica cuenta el viejo.

Tendencia tal hacia lo novelesco se marca más enérgicamente en aquellos pueblos, como el Sudán y la Abisinia, en que se carece en absoluto de literatura escrita.

Vana tarea la de buscar en todo el Sudán un solo *scheit*

(jefe de tribu) que posea un libro. Uno entre diez podrá tener, si acaso, un ejemplar del Korán, pero el resto de la biblioteca se compone de alguna docena de tabletas en que groseramente hay grabados versículos del santo libro.

En una aldea de la tribu Debania, situada en el Atbara (Nilo negro), halié una vez algunos volúmenes de la dicha biblioteca. Me explicaré mejor: lo que encontré fué algunas de aquellas tabletas colgadas de las ramas de un álamo, que á un tiempo servía de biblioteca popular y de escuela.

No tuve escrúpulo en apoderarme de un par de tablillas que hoy figuran en mi tesoro etnográfico.

No fuí del todo exacto afirmando en absoluto que los abisinios carecen de literatura escrita. Existen en algunos antiguos conventos abisinios viejos códices en lengua *ghez*, pero están celosamente guardados por los monjes, los cuales tienen la consigna de cuidar de la virginidad de la sagrada capa de polvo que los cubre.

La historia, la ley, la tradición, la leyenda, los cantos populares, las creaciones de la fantasía... se transmiten de labio en labio.

Hoy quiero daros muestra de la fantasía abisinia, reconstruyendo fielmente, y de memoria, una fábula que oí en Keseu, en la tribu de los Bogos.

Aparte que la fábula es por sí interesante, según mi opinión, servirá para probar que, aunque los etiopes son un pueblo decadente, poseen finura de análisis, sentido irónico é instinto de oculta desconfianza con que llegan por modo no muy común al fondo del corazón humano.

Oid, sin más, la fábula:

—

Érase una vez,—como dice el comienzo de todos los cuentos en todas partes,—un hombre que yendo de viaje por un bosque llegó á una llanura, en la que vió una choza que era presa de las llamas.

Llegóse á ella y vió una enorme serpiente que buscaba la salida, porque estaba á punto de quemarse. Movido á compasión, la alargó la lanza, la levantó en alto y, como el bicho

estaba medio muerto, lo guardó en un saco que á la espalda llevaba.

Siguió su camino alejándose del sitio del incendio, y cuando se creyó á cubierto de éste se detuvo, abrió el saco y dió suelta á la serpiente.



Apenas ésta se vió en libertad volvióse al hombre é intentó devorarlo.

—¿Qué haces? preguntó el viajero.

—Quiero comerte, contestó la serpiente.

—¡Cómo! ¿Y te he salvado la vida para que me pagues con semejante ingratitud?

—No entiendo de razones. Tengo hambre, eres carne y quiero hacerte mi alimento.

Y se dispuso á poner por obra su intento.

—¡Pero esto no es justo! exclamó el hombre intentando como supremo recurso tocar en la serpiente la fibra de la equidad.

No se engañó; la serpiente vaciló, y viendo el hombre tan buena disposición, cobró valor y dijo:

—Sometamos la diferencia á ajeno juicio.

—¿Al juicio de quién? preguntó la culebra.

—Ya encontraremos alguno.

—Corriente, el primero que encontremos servirá de juez.

—Pero yo no puedo someterme al juicio de uno solo, sino de varios. Preguntemos á tres, á los tres primeros seres que hallemos, y si opinan que tienes razón devorándome... me someteré.

—Convenido, replicó la serpiente poniendo de mala gana un candado al hambre.

—Jurémoslo.

—Está.

Y echaron á andar.

El primer ser viviente que hallaron fué un león, que fué de



parecer que, puesto que la serpiente era la más fuerte, debía valerse de este derecho de la fuerza sin hacer caso de la fuerza del derecho.

—Cómetelo y no retardes ese placer, añadió.

—Gracias por el voto, dijeron hombre y serpiente.

Dieron más adelante con un asno, el cual dijo después de interrogado:

—Devóralo sin esperar, y si yo pudiese hacer pasar á todos los hombres por tu boca lo haría; es una raza inicua que domeña á todos los animales, y después de sujetarlos á la dura labor los mata, descuartiza y come.

—¿Has oído? dijo la serpiente. Tengo asegurada la mayo-

ría de votos; sea cual fuere el del tercer juez, perteneces á mi estómago.



—¡Un momento! exclamó el hombre temblando, pero con esperanza de retardar breves instantes la hora suprema. Habíamos hecho el juramento de oir el voto de tres jueces, falta el tercero, busquémosle.



Buscaron y se encontraron con una zorra, que oyó con atención el pleito y no tardó en convencerse de que la razón estaba de parte del hombre. Pero no dejó ver de pronto que

así opinaba, pues por algo gozaba fama de astuta y sólo mostró interés en el caso.

—La cuestión me parece grave, y para dar opinión imparcial es necesario, no sólo el relato del hecho, sino la manera con que se efectuó. Tú, hombre, haz ver en qué forma levantaste con la lanza á la serpiente.

El hombre repitió la maniobra de la cabaña.

—Perfectamente, prosiguió la zorra; veamos ahora cómo te las compusiste para meter la serpiente en tu saco.

Con consentimiento de ella, procedió el hombre á meter en el saco la serpiente.

—Muy bien, prosiguió la zorra. Sólo falta saber la manera con que ataste la boca del saco.

El hombre ató el saco en forma igual á la que empleó antes de cargar con la serpiente, y cuando estuvo hecho:

—¡Ciego que tú eres! exclamó la zorra. ¿Por qué no cogiste un peñasco y aplastaste la cabeza de este ingrato animal?



El hombre se dió un golpe en la suya, dolido por no habérsele ocurrido la idea.

—¡Ciego y más que ciego! repitió la zorra. ¿Por qué, si antes no lo hiciste, dejas de hacerlo ahora?

Haciendo un esfuerzo de inteligencia comprendió al fin el hombre lo que la zorra decía, y cogiendo una gruesa piedra dió con ella sobre la serpiente y la mató.

Hecho esto, no olvidó el hombre demostrar su agradecimiento á su salvadora.

—Acepto tus muestras de gratitud, dijo la zorra, y espero que en premio por haberte salvado la vida no vacilarás si te pido una gallina de tu corral.

—De buen grado, dijo el hombre. Vén á mi choza.

Una vez en ella, y ya en seguridad, ya por impulso propio, ya por consejos de su mujer, ello fué que en vez de entregar á la zorra lo prometido, la echó brutalmente á puntapiés.

La zorra se alejó moviendo la cabeza y diciéndose amargamente:

—Soy muy estúpida para ser zorra. ¡He olvidado que todos los hombres son iguales!

GUILLERMO GODIO.



EPIGRAMA

Es tan *señoril* el aire
de la graciosa Ninón
que ya sé porqué razón
le llaman todos *don-aire*.



TU CABELLERA

Terminaba con el alba
la hermosa nocturna fiesta,
y sobre tus blancos hombros
de líneas graciosas, suelta,
constelada de brillantes
ví tu negra cabellera,
como si al huir la noche
se hubiese enredado en ella.

CASIMIRO PRIETO.

EPIGRAMA

—¿Subió usted en globo, Riva?
—Una vez, señor Anido.
—¿Y qué se siente allá arriba?...
—Pues, nada: el haber subido.

MOISÉS N. CASTELLANOS.



Paciano Ross

DISTINGUIDO DIBUJANTE ESPAÑOL



LA TUMBA DE BELISARIO [1]

Y dejamos su tumba para siempre
en el jaral de la marina selva,
sola con los mugidos de los vientos
y el fragor de la mar en la ribera!

Aquel postrer adiós que no responden
los mudos labios ni las manos yertas,
ahogaron mis sollozos... y la fosa
lentamente colmó la extraña tierra.

Después, envueltos en nocturnas sombras,
infló el terral las temblorosas velas,
y al fulgor de los pálidos relámpagos
hicimos rumbo hacia la mar inmensa.

¡Cómo responden al gemir del alma
ecos y gritos de las olas negras
que al viento arrojan sus penachos níveos
y en las rompientes iracundas truenan!

¡Cuán distantes las cumbres de los montes
en los albores de la luna llena!...

(1) Fiel y denodado asistente del autor durante las exploraciones que en 1886 y 1887 hizo en desiertos de la costa atlántica.

¡Qué lejano el desierto pavoroso
donde su tumba solitaria queda!

¡Compañero leal, valiente amigo!...
¿qué dar en galardón y recompensa
de tu terrible sacrificio heroico
á los seres amados que te esperan?

Ahora ostentará plácida noche
en las verdes llanuras del Combeima
la veste salpicada de lampiros,
su nimbo azul de fúlgidas estrellas:

Las brisas jugarán en los follajes
que tu cabaña en el otero cercan;
allí del hijo amado hablan gozosos...
son sus pasos... ¡Es él que salvo llega!...

¡Y duerme ya en la tumba que le dimos
en el jaral de la marina selva,
solo con los mugidos de los vientos
y el retumbo del mar en la ribera!

JORGE ISAACS.

Bogotá.

CONCERTANTE

SONETO

Dejó la tesis inmortal escrita
un insigne filósofo cristiano,
de que en cada sutil átomo humano
hay un alma que siente y que palpita.

Si una en cada molécula se agita
como el vivo destello en el gusano,
alumbra al cuerpo deleznable y vano
una escala de luces infinita.

Pues las almas, reflejo de su esencia,
que Dios puso en mi ser como tesoro,
y estrellas que iluminen mi conciencia,

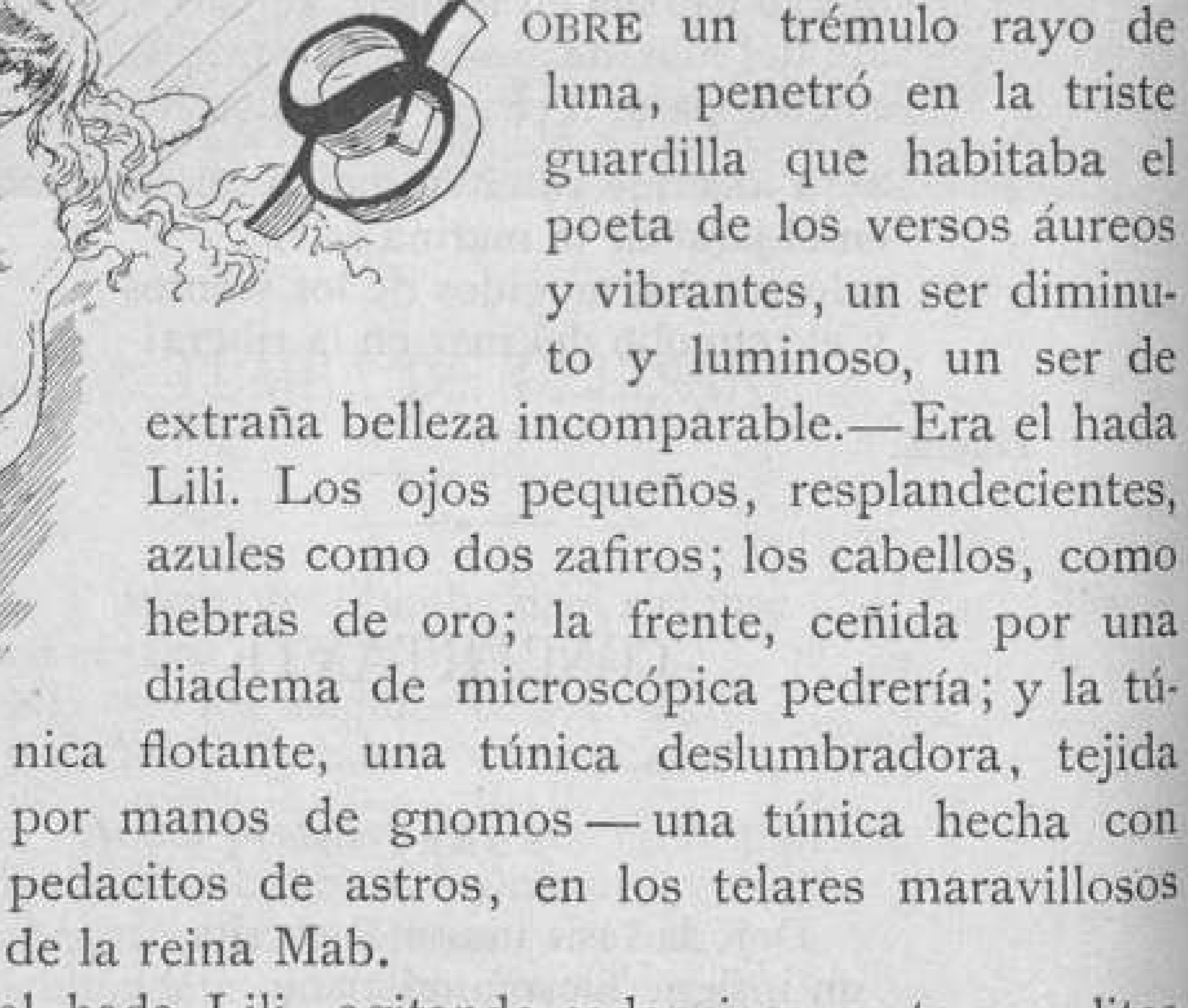
su voz uniendo en exaltado coro,
cantan himno de amor á su presencia,
y dicen todas á la vez: «¡te adoro!»

SALVADOR RUEDA.

LILI

Á APELES MESTRES

I



SOBRE un trémulo rayo de luna, penetró en la triste guardilla que habitaba el poeta de los versos áureos y vibrantes, un ser diminuto y luminoso, un ser de extraña belleza incomparable.—Era el hada Lili. Los ojos pequeños, resplandecientes, azules como dos zafiros; los cabellos, como hebras de oro; la frente, ceñida por una diadema de microscópica pedrería; y la túnica flotante, una túnica deslumbradora, tejida por manos de gnomos — una túnica hecha con pedacitos de astros, en los telares maravillosos de la reina Mab.

Y dijo el hada Lili, agitando cadenciosamente sus alitas brillantes de selenio:

—Sé que sufres. He oído tus quejas... Tus rimas son lúgubres ¡oh poeta! ¿Por qué no cantas de nuevo á las flores, á la juventud, á la primavera? Pídeme lo que quieras. He venido desde mi palacio remoto, de allá lejos, de aquella estrellita azul que escintila en el divino éter insondable.

Y el bohemio inspirado, aquel soñador de los versos de colores — de los versos fúlgidos y sonoros:

—¡Hada generosa! ¡Hada Lili, escúchame!... He cantado á las vírgenes blondas y diáfanas; á las vírgenes que tienen la blancura láctea de la camelia sobre el rostro y la frialdad

del mármol en el corazón... He cantado á las vírgenes morenas, de ojos negros y silenciosas pupilas fúnebres... He cantado á las vírgenes de ojos de náyade, de ojos verdes y mágicos, de ojos de esmeralda... ¡He soñado con la gloria, esa Esfinge; con el placer, ese fuego fatuo; con el amor, esa embriagante quimera!... Todos los bellos fantasmas hanse evaporado. Todos los ídolos han caído en el polvo. Ha soplado sobre mi corazón un viento helado de muerte. Mi lira está rota. Me hundo en un mar de sombras. Me envuelve un silencio trágico. Se ha hecho en mi vida la noche. ¡Oh! ¡Sálvame! ¡Sálvame!...



II

El hada Lili dió con su varita de lapizlázuli dos golpes sobre el muro de la guardilla miserable — y el bohemio pálido de los versos nebulosos quedóse blandamente adormecido.

Y he aquí lo que vió con los ojos hondos del Dios Sueño, cual á través de finísima niebla:

Era un país lejano, muy lejano. Un mar inmenso se perdía en los horizontes color de lila. Un mar de olas de esmeralda, de olas armoniosas, que llegaban en amplias ondulaciones á las riberas alegres. Aquel mar, en grandeza, no inspiraba terror. Era así como un gran desierto plácido, un gran desierto de esmeraldas líquidas, un gran desierto de márgenes encantadas. Esquifes de varias formas, tripulados por mujeres de lánguida hermosura, lo cruzaban en todas direcciones. Aquellas mujeres se coronaban de flores, como

para un festín, y cantaban estrofas de un himno musical desconocido.

Y el poeta pálido oyó que le decían: «Somos las almas de aquellas que has amado. No hemos muerto. No podemos morir. Flotamos sobre la espuma, suspiramos con la brisa, sollozamos con la ola, divagamos con la nube... ¡Vén! ¡no hemos muerto! ¡vén! ¡no podemos morir!...»



III

Dió el hada Lili con su varita prodigiosa un nuevo golpe en el muro — y he aquí lo que vió luego el poeta exótico, — el bohemio pálido de los versos olímpicos:

En el centro de un jardín edénico alzábase un palacio de rara magnificencia. Voces rítmicas entonaban un coro excelso que llegaba á las doradas cúpulas, estremeciéndolas. Era como un canto de Titanes. Y aquel canto se dilataba en ondas de infinita dulzura — de serena melancolía. Percibíanse acordes gigantescos — como los acordes de una monstruosa fanfarria de arcángeles tocando allá, en el cielo. En crescendo soberano, con escalas homéricas, aquellas voces llenaban los ámbitos de suprema armonía. Y en el divino éter insondable, los orbes marchaban á compás de aquella música de cíclopes...



IV

L poeta simbólico de las rimas áureas,—despertó en su guardilla miserable, bañado por la sutilísima luz de las estrellas. El hada Lili había desaparecido. Recogió su laúd abandonado, y sintiendo sobre el corazón un gran soplo de entusiasmo, entonó el himno de la esperanza y de la vida,—en estrofas serenas, y límpidas, y suaves, y dulces, que vibraron en la noche—que vibraron y se perdieron,—como los últimos acordes, como las frases aéreas, como los compases vagos y tímidos de un nocturno melancólico de Chopin...

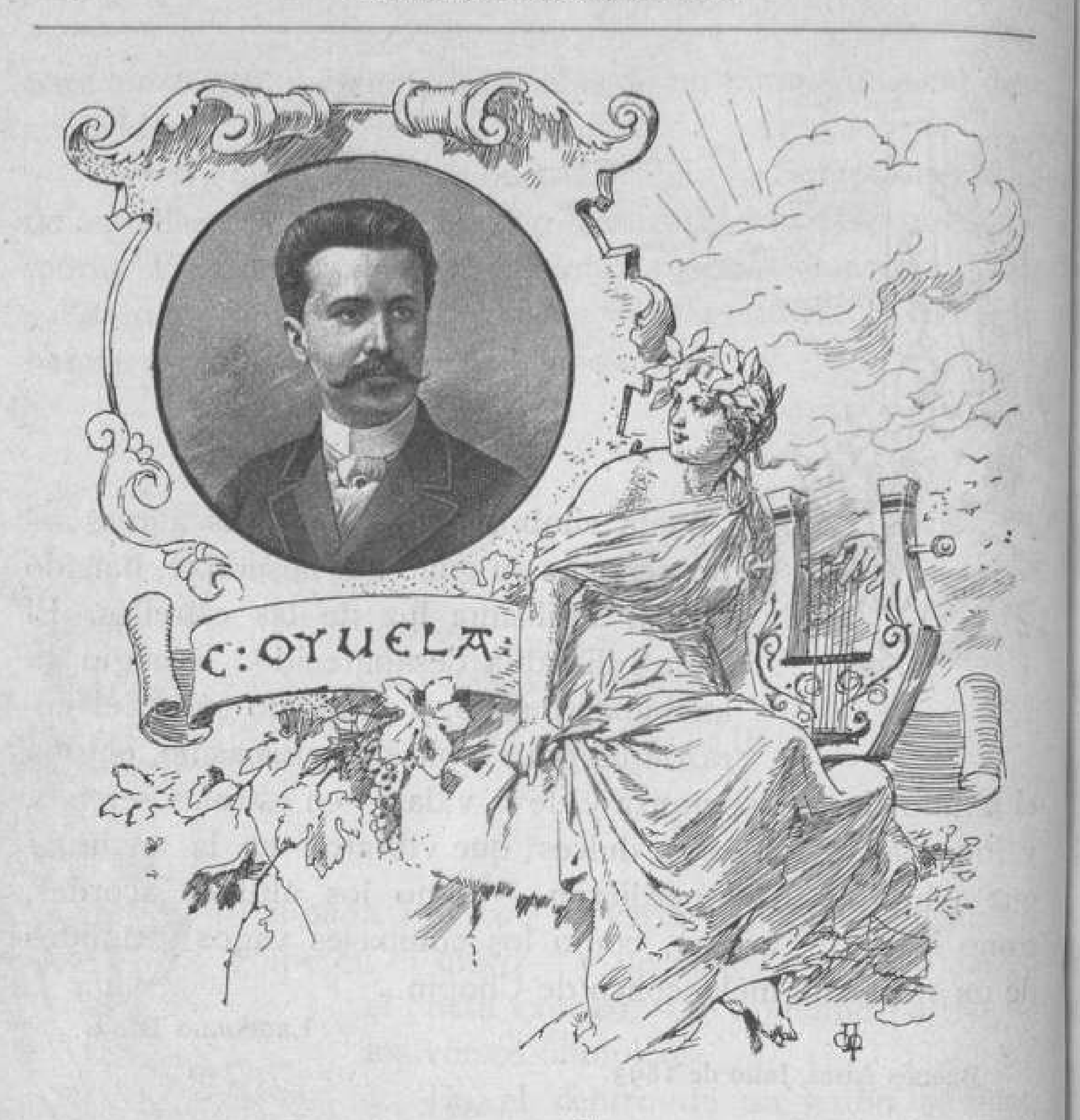
LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, Julio de 1893.

EL TELÉFONO

¡Humilla tu arrogancia
y fascina tus débiles sentidos
esa invención que, hollando la distancia,
transmite la palabra, el lloro, el canto
y todos los sonidos!
Pues no te admires tanto,
que nada nuevo la invención encierra.
¡Siempre que un padre con amante anhelo
besa á su hijo huérfano en la tierra,
oye el beso la madre desde el cielo!

JUAN JOSÉ HERRANZ.



ENSUEÑO

Siempre grata á mi oído
sonó tu dulce voz, y la armonía
de tu gentil semblante, otra más honda
y vibradora por mi ser difunde.
Cuando llegas á mí, siento que vuela
el polvo que en el alma
va la vida sin tregua acumulando,
y todo en ella fresco reverdece
con vigor juvenil, como la tierra
húmeda aún tras la fecunda lluvia
y sonreída por el sol. ¡Qué lumbres
de amor despiden tus radiantes ojos!
¡Y qué tenaz enjambre de deseos
de tu redondo cuello en torno vuela

y el ritmo sigue de tu andar! Asciendes,
astro de amor, inmenso y solitario,
por el sombrío espacio de mi alma,
y abriendo á trechos sus flotantes nubes,
con tu esplendor sereno la iluminas.
Y tú este afecto ignorarás por siempre,
y esa secreta conmoción profunda
en que mi triste corazón se agita
al mirarte pasar, cuando inflamado
en amor, en tormentos y delicias,
en lo infinito del sentir se pierde.

CALIXTO OYUELA.

Buenos Aires, Abril de 1893.

EL CARDO

En el campo donde nace,
es copia y símbolo fiel
del hombre astuto y cruel
que en la maldad se complace.
Ambos presentan al par
flores que no dan olor,
mustias hojas sin verdor
y espinas que hacen llorar.
Yo, si algún cardo prefiero,
aunque todos son dañinos,
es el que los campesinos
llaman cardo borriquero.
Como, sin hacerle agravio,
encuentro de más aguante
la humildad del ignorante
que la presunción del sabio.
Hombres cardos hallarás
por donde quiera que fueses;
harás bien si les huyeses
y el contagio evitarás.
De ellos los más peligrosos
son los ricos egoístas,
los avaros, los duelistas,
los tercos y los celosos.
Del amor hijos bastardos,
á los cuales en rigor
debe azotar el amor
con un manojo de cardos.

MANUEL DEL PALACIO.

EN LAS MÁSCARAS



—¡Con qué diabólico arte
me pescó la condenada!
—Pues es cosa de envidiarte;
¡qué elegante... y qué escotada!
¿La conoces?
—En gran parte.

NUESTROS COLABORADORES



Dr. D. Rafael Calzada

DISTINGUIDO LITERATO ESPAÑOL



CAYO AQUILIO

¡Folgueras!

¿Cómo podría yo pintar con sus verdaderos colores los mil recuerdos que al decir ¡Folgueras! se agolpan en tropel á mi memoria?

Acababa yo de cumplir diez años. Un día, á la caída de la tarde, mi padre me llamó con cierta solemnidad á su escritorio y me dijo:

—Hoy hablé con Villamil. Desde el lunes, en vez de ir á la escuela, irás á Folgueras. Toma el *Miguel,* estúdialo con provecho y veremos cómo te portas.

Ante aquellas palabras, que me parecían bajadas de los cielos, se nublaron mis ojos, sonaron en mis oídos músicas embriagadoras y sentí algo como si un misterioso efluvio envolviese todo mi ser y me transportase á regiones desconocidas.

En la historia de mi vida no recuerdo una emoción que pueda siquiera parecerse á la que experimenté en aquel instante.

Era aquello como una especie de repentina transición del niño al hombre, una revelación de que los rosados años de la infancia se habían ido para no volver; porque ir á Folgueras, asistir á la cátedra del venerable Villamil, estudiar el *Miguel* y aprender el *musa musæ* y el *quis vel qui*, era ser todo un señor estudiante; ¿y cuándo, mientras asistí á la escuela, me había atrevido yo á pensar en un estudiante sin considerarle todo un hombre?

Con esto, con que al andar del tiempo me apuntase el bigote y con poder llegar, sin sentir vértigos, á fumarme un cigarrillo, estaban colmadas todas mis ambiciones.

. . . .

No lejos de Folgueras, hermosa aldea casi escondida entre el ramaje de los árboles de sus poéticas huertas y sobre la margen izquierda del río Navia, se yergue majestuoso el *Castellón*.

Y allá solíamos ir un pequeño grupo de estudiantes del aula de Villamil, cuando encontrábamos más agradable correr por aquellos vericuetos que asistir á clase ó cuando se le ocurría enfermarse al inolvidable maestro.

¿Qué atracción tenía para nosotros aquel empinado cerro que, según las consejas populares, estaba poblado de encantamientos, de cuevas habitadas por gigantes de luenga barba, guardadores de carneros con dorados cuernos, ó de ninfas que todas las mañanas de san Juan se iban á la cristalina fuente á peinar su blonda cabellera con peines de oro?

La cumbre del Castellón estaba atestada de antigüedades romanas. Multitud de pequeñas casetas, unas de forma circular, otras elíptica, todas con una sola puerta, derruídas, casi enteramente soterradas, revelaban que allí habían sostenido los romanos, durante mucho tiempo, una de aquellas legiones con que desde las alturas se imponían á los astures, obligados á habitar las llanuras y los valles cuando las águilas del pueblo-rey, después de largos años de cruenta guerra, llegaron á trasponer la cordillera cantábrica.

Un día, en nuestras excavaciones, encontramos un molino de mano y una espada; otro, un pedazo de bronce en que se

leía claramente el famoso S. P. Q. R. y un plato, en dos pedazos, en cuyo fondo, con nítidos caracteres, se leía esta palabra: *jucundus;* otro, una rodela y diferentes monedas del tiempo de Augusto.

Para nosotros, jóvenes cuya imaginación se exaltaba al solo recuerdo de Roma, que nos hacía venerar el buen Villamil, como nos hacía venerar su idioma, para nosotros, cada descubrimiento de aquellos era un motivo de alborozo indescriptible.

La espada llena de herrumbre, las monedas, el plato roto, la inscripción del *Senatus Populusque Romanus,* eran algo así como trofeos conquistados en la más ruda y la más gloriosa de las batallas.

En cierta ocasión, al lado de una de las casetas, el azadón que solía prestarnos un labrador de las inmediaciones, chocó de pronto con un cuerpo duro y redondo.

Con ansia febril siguió la excavación, y antes de una hora se hallaba al descubierto un ánfora de barro, de ancha boca, en perfecto estado de conservación.

Estaba tan herméticamente cerrada que para ver su contenido tuvimos que romperla por el cuello.

¡Cómo latían en aquel momento nuestros corazones! El que menos, esperaba encontrar en aquella ánfora sextercios por millares, piedras preciosas, soberbia orfebrería... Era un tesoro guardado allí por algún desesperado ó fugitivo que después no pudo rescatarlo.

Pronto salimos de la duda.

Contenía el ánfora un cráneo humano, un puñal con mango de oro y un *papiro,* escrito en latín con caracteres perfectamente legibles.

¡Qué sorpresa, qué inmensa alegría la nuestra!

Ya nadie se acordó del tesoro. ¿Qué mejor tesoro que aquel papiro, escrito en latín, por mano latina y en tiempo de los latinos?

Cuando fuimos á ver al maestro con la noticia de nuestro hallazgo, la emoción no le dejó hablar durante algunos minutos. Nos abrazó á todos efusivamente, se le llenaron de lágri-

mas los ojos, y cuando se hubo serenado nos invitó á que, en su compañía, tradujésemos el misterioso papiro.

Decía así:

«Yo, Cayo Aquilio, quiero dejar escrito que nací en Roma, por los tiempos en que el poder de Cartago se extendía por el mundo y amenazaba destruir el Lacio.

»Cuatro lustros contaba yo apenas, cuando un día llegó la fatal noticia de que el temido Aníbal acababa de atravesar los Alpes. Vencedor en el Tesino y en Trebia, la Italia cisalpina era ya cartaginesa.

»La consternación se apoderó de Roma, aunque se trataba de ocultar la magnitud del desastre.

»Todos los ciudadanos que podíamos tomar las armas fuimos llamados al Capitolio. Los tribunos militares sortearon las tribus, tocóme ser velite en mi legión, y después de prestado el juramento, pronto me ví con mi casco sin melena, mi espada, mi azagaya y mi rodela.

»En el ejército mandado por Flaminio fuí al encuentro del invasor, á orillas del Trasimeno. ¡Qué espantosa derrota la nuestra! Aquel poderoso ejército fué completamente destruído, y pocos logramos escapar al furor de los soldados de Aníbal.

»La batalla de Canas, en que me encontré más tarde, nos proporcionó una derrota más grande todavía. Allí pereció la flor de los caballeros romanos.

»Nuestro pueblo había perdido el favor de los Dioses.

»Siete años después, á orillas del Metauro, destrozamos el ejército de Asdrúbal. Conseguida la victoria, la cabeza del general fué arrojada al campamento de su hermano Aníbal, como nuncio fatídico de la caída de Cartago. Allí alcancé por mi valor el cargo de centurión.

»Pasé al África al mando de Escipión. Asistí á todo el sitio de Cartago, y después de la batalla de Zama, que puso término á la guerra, volví á Roma con las legiones victoriosas, en medio de las frenéticas aclamaciones del pueblo.

—

»Diez y ocho años había permanecido en las legiones y me

sentía fatigado. Mi cuerpo y mi espíritu necesitaban reposo, y resolví vivir en Roma con el estipendio y el botín que había traído de África.

»Llegó por aquel tiempo á mi noticia que un sabio venido de Siracusa poseía un maravilloso secreto para conservar eternamente la juventud y la fuerza.

»No lo creí. Me pareció una invención de los millares de



desocupados que pululaban por las calles y por los pórticos después de terminada la segunda guerra púnica.

»Sin embargo, averigüé la vivienda del sabio siracusano, y fuí á verle. Casi cubierto de andrajos, vivía en un miserable tugurio, del otro lado del Anio, cerca del Monte Sacro.

»Cuando le expuse mi deseo de conocer su secreto, me dijo:

»—Toma este amuleto. Mientras le lleves contigo, la fuerza y la juventud serán tus compañeras. Si llegas á cansarte de vivir, arrójalo al Tíber, en la alta noche, á la hora en que termina el día anterior á las Kalendas de Enero.

»Yo, que en mis largas campañas me había encontrado tantas veces delante de la muerte y que, tal vez por lo mismo, había llegado á cobrar un inmenso amor á la vida, no quería dar crédito á tan halagadoras palabras. ¡No morir nunca! ¡Ser siempre joven! ¡Gozar eternamente de esta vida que nos sonríe con tantas ilusiones y tantas esperanzas!

»Era la felicidad suprema.

»Quise remunerar al sabio; le ofrecí toda mi fortuna; pero ni un as quiso recibir de mí. Se consideraba pagado con la fe que demostré en su sabiduría.

»Viví desde entonces en Roma entregado á la molicie y á la holganza. El Foro y el Circo fueron, durante muchos años, mi recreo favorito.

»Tomé mujer y tuve con ella varios hijos. Así pasaron doce lustros, al cabo de los cuales contaba yo más de una centuria.

»Durante ese tiempo el cónsul Paulo Emilio venció en la llanura de Pydna á Perseo, rey de Macedonia, y destruyó su poderosa falange.

»Todo fué entonces terror entre los enemigos de Roma, para quien los Dioses se habían vuelto propicios. Eumenes, Masinisa, Antíoco Epifanio temblaron. Yo ví entrar un día en el Senado á Prusias, rey de Bitinia, con la cabeza afeitada y en traje de liberto, en señal de vasallaje.

»Entretanto Catón terminaba siempre sus arengas en el Senado, diciendo: «Y pienso además que Cartago debe ser »destruída.»

»Escipión Emiliano preparó las legiones para marchar sobre Cartago, y yo, olvidando familia, olvidándolo todo, me alisté en ellas; después de los desastres de Trasimeno y Canas, sólo había odio, odio á muerte en mi corazón para los cartagineses.

»No menos de ochenta mil hombres llevó Escipión al África. La guerra fué tan corta como terrible, y al fin cayó Cartago para no volver á levantarse. Jamás olvidaré la indignación con que, al entregar Asdrúbal los cincuenta mil defensores de la ciudad, su esposa le apostrofó desde las murallas por su cobardía, degollando en seguida á sus dos hijos y arro-

jándose á las llamas para no sobrevivir á la muerte de Cartago.

»Cuando regresamos, nos sorprendió la noticia de que un bandolero lusitano llamado Viriato se atrevía á desafiar el poder de Roma por el lado de Occidente. Años después, Roma entera supo con indignación profunda que Flavio Serviliano había firmado un tratado en que se decía: «Habrá paz entre el pueblo romano y Viriato.» Pero al fin, aquel criminal pagó cara su increible audacia, porque Cepión le hizo cortar la cabeza.

»Escipión Emiliano, que me profesaba grande estimación desde la expedición á Cartago, me invitó algunos años más tarde á que le acompañase á Iberia. Había allí una ciudad invencible llamada Numancia, y Escipión se había propuesto apoderarse de ella y destruirla. No pude negarme á su ruego y le acompañé.

»¡Qué tenacidad, qué heroísmo el de los numantinos! Jamás mis ojos habían presenciado nada semejante. Cuando ya la defensa se les hizo imposible, se degollaron los unos á los otros y se arrojaron á las llamas con sus mujeres, con sus hijos y con sus tesoros. Entramos en la ciudad, pero sólo para contemplar un montón de ruinas, mientras los cadáveres insepultos apestaban los aires.

»Cuando volvimos á Roma, sólo cincuenta numantinos seguían el carro triunfal de Escipión Emiliano.

—

»Desde entonces volví á mis antiguos hábitos, resuelto á no tomar de nuevo parte en la milicia; pero la ausencia de las grandes emociones que produce la guerra, la monotonía con que veía deslizarse los años, me dieron tiempo para ir convenciéndome de que aquella revelación del sabio de Siracusa no constituía la felicidad con que yo había soñado.

»En la plenitud de mi fuerza, yo sentía dentro de mi ser una especie de inmovilidad parecida á la de la muerte, formando extraño contraste con aquella vida inextinguible que llevaba conmigo.

«Todo á mi alrededor se movía, cambiaba, envejecía, iba

hacia la destrucción y la muerte; sólo yo, como roca en medio de la tormenta, me mantenía firme, inmóvil, sin cambio alguno, contemplando aquella especie de torrente-humanidad que hora tras hora corría velozmente á precipitarse en los abismos de la nada.

»Mi mujer había muerto á los trece lustros, después de haber quedado ciega, imbécil y paralítica; entretanto yo, en la flor de la vida, tuve que soportar el suplicio de vivir como esposo con mujer que, por su edad, podía ser mi madre.

»Asistí, entre mil congojas, á la muerte de casi todos mis hijos, y ví cómo los demás envejecían y se enfermaban. Pronto tuve nietos cuya edad era superior á la mía: y me convencí, con dolor profundo, de que no podía inspirarles esa cariñosa veneración que constituye el orgullo y á la vez el consuelo de los ancianos.

»Mis amigos verdaderos, aquellos que se forman en los años hermosos de la juventud, cuando todo es generosidad y entusiasmo, fueron cayendo en el sepulcro, y se oprimió mi corazón cuando comprendí que jamás podrían ser reemplazados.

»Mi espíritu parecía encerrado en un círculo de hierro.

»Creyendo poder romperlo, me casé de nuevo y volví á tener hijos: y así pasaron diez ó doce lustros que me parecieron otras tantas eternidades.

»Ví nuevamente envejecer, enfermarse, morir á mi mujer, á mis hijos, á cuantos seres me eran queridos sobre la tierra. Yo solo era el que quedaba y seguía viviendo en medio de espantosa tortura.

»Para colmar mis sufrimientos, tuve que contemplar cómo aquella rigidez de costumbres, aquella noble austeridad romana se relajaban y corrompían con las riquezas ganadas por nuestras armas victoriosas, y cómo el contacto con los pueblos de Oriente nos iba trayendo una inmoralidad y un desenfreno que pronto convirtieron á Roma en una bacanal inmensa; miré á los esclavos, á los oprimidos desbordarse como torrente impetuoso por cientos de millares, con Euno á la cabeza, pidiendo el pan y la tierra de que les privaban los patricios y que con tanta grandeza de alma pudieron darles los hijos de

Cornelia; ví con dolor inmenso cómo los cimbros y los teutones, vomitados por el helado Septentrión, caían sobre nosotros y destruían sucesivamente seis grandes ejércitos hasta que Mario pudo exterminarlos, dándoles, como él dijo, la tierra que habían de conservar eternamente.

»Ví después enlutarse el suelo de Italia con la guerra social, y desencadenarse sobre él, como tormenta de sangre, las feroces venganzas de Sila contra el partido de Mario y de Mario contra el partido de Sila; conocí los nefandos proyectos de Catilina para exterminar cuánto de generoso y bueno que-



daba aún en Roma, y alcancé á verle salir huyendo del Senado ante los apóstrofes de Cicerón, el Padre de la Patria; asistí á la entrada triunfal de Julio César, el vencedor de los galos, y á su elevación á la dictadura, que acabó con nuestras grandes tradiciones republicanas, y presencié la consternación que dominó en Roma cuando se supo que había caído en el Senado bajo el puñal de Casca y Bruto al pie de la estatua de su rival, el gran Pompeyo.

»Cuando más tarde, formado el segundo triunvirato, el odio implacable de Antonio hizo cortar la cabeza á Cicerón, el más noble y el más elocuente de todos los romanos, y se renovaron las matanzas y las proscripciones, sentí colmarse el horror

que ya cien veces había sentido por aquella existencia que me condenaba á contemplar eternamente las hondas tristezas del hogar y las negras desdichas de la patria; esperé impaciente la media noche del día que precede á las Kalendas de Enero, y deseoso de vivir con la vida verdadera, ansiando formar parte de esa humanidad que se cree desdichada porque nace y crece y llora y muere, corrí á las orillas del Tíber y arrojé sin pesar á sus aguas el terrible amuleto en que residía el secreto de la inmortalidad.

. . . .

»Ahora, que me siento envejecer tranquilamente en estas gloriosas montañas de Cantabria, adonde vine con las legiones de Augusto, y en donde espero descansarán mis huesos, escribo esta breve historia de mi larguísima existencia, para que aprendan, los que alguna vez me recuerden, que si tiene atractivos la vida, es porque cada día que pasa nos lleva hacia la muerte.»

RAFAEL CALZADA.

Buenos Aires, Mayo de 1893

CHISPAS

Ya derretida baja la nieve
del alto monte,
ya las ventiscas y los nublados
huyen veloces.
Todo revive, todo florece,
llanura y bosque;
mas ¡ay! ¡qué poco duran las lilas!
¡y cuánto, en cambio, los alcornoques!

—

Beso por sorpresa dado
es pecado y no es placer;
partido entre hombre y mujer,
es placer, y no es pecado.

—

Ya por doquier en robles y en acacias,
brotan las hojas tímidas y espesas;
demos á Dios las gracias
de que no estén impresas.

MANUEL DEL PALACIO.

HISTORIAS CALLEJERAS



—Ahí va mi esposo, Tomás;
¡aléjate por tu vida!
si me ha visto, soy perdida...
—Mujer, ¿todavía más?

EPIGRAMA

—¿Dices que perdió mi amada
toda su sal?
—Hombre, sí,
pues, creyéndose engañada,
hoy mismo correr la ví
en pos de tí, *desalada.*

LA HISTORIA DE SIEMPRE

A MI QUERIDO HERMANO ARTURO COSTA Y ÁLVAREZ



CONQUE es cierto, infeliz, que te has casado?
—Es cierto, el mes pasado,
con una hurí más bella que un lucero,
y me prueba tan bien mi nuevo estado...
¡que no vuelvo en mi vida á ser soltero!
—Apuesto á que es la rubia el ser amado
que hoy en hacerte tan feliz se empeña...
—Te engañas, no es la rubia, es la trigueña.
La rubia por mi amor sufrió en un potro
y creyendo morir, al verme ausente,
me llamó, no acudí, dobló la frente
y harta de penas... se casó con otro.
—Pues ya me explico su dolor profundo...
¡las tragedias que pasan en el mundo!
¿Y no has vuelto á encontrar á tu ex amada?
—La ví no há mucho, como nunca hermosa,
y eso que siempre seductora ha sido,
en una carretela muy lujosa
con un hombre, que no era su marido.
—¿Y no se puso al verte colorada?
—Una mujer así jamás se turba.
—Mas... ¿quién era aquel hombre?
—Ignoro hasta su nombre.
—Tal vez algún pariente... en línea curva.
¿Y qué fué del marido desdichado?
—Sé que, tras de sufrir suplicio fiero,
al ver su amor burlado,
hoy vive con su suerte resignado...
y que se ríe de él el mundo entero.
¡Pobre Simón!...
—¿Le compadeces?
—¡Digo!
¡si ha sido siempre... mi mejor amigo!
¡Cuánto debió sufrir!
—¡Me lo figuro!
como tú, al olvidarte la doncella
por tan honrado *amigo*.
—¡Bah! te juro...
—Apuesto cualquier cosa

á que aún suspira tu alma por la bella...
—Te engañas; ¿qué vale ella
comparada con Flérida, mi esposa?
—¡Como otra vez tu pecho no avasalle!...
—Confieso que al mirar su lindo talle
sentí un instante celos, y no flojos,
pero aparté de la beldad los ojos
y seguí tan tranquilo por la calle.
Estaba por casarme y si me abraso
por la rubia aquel día, no me caso,
con lo cual ten por cierto
que, olvidada por mí, que soy su vida,
la que es hoy mi mujer, habría muerto.
¡Yo no he visto una chica más vehemente!
también, como la rubia, al verme ausente,
me escribió con el alma dolorida
una carta muy tierna y muy sentida
en la cual me decía textualmente:
«Si no vuelves al punto al lado mío,
¡oh, tú, por quien perdí la dulce calma
y á quien rendí amorosa mi albedrío,
en vez de la mujer que adora tu alma,
no encontrarás más que un cadáver frío.»
Me estremecí, cargué con mi equipaje
y, lleno de temor, me puse en viaje,
pues sé, y de ahí mi agobio,
—aunque más de uno á la mujer injuria,—
lo que sufre una chica por su novio...
cuando tarda en llevarla éste á la curia.
Llegué y fuí á su casa, el alma yerta
y presa aún de sobresaltos fieros,
mas, por suerte feliz, imaginarios...
¡creía hallar á mi adorada, muerta,
en medio de blandones funerarios...
y la encontré bailando unos lanceros!
—¿Y se alegró de verte?
—¡No se diga!
al mirarme á su lado, de repente,
se desplomó en mis brazos dulcemente,
no sé si de emoción... ó de fatiga.
Quien sintió mi llegada, y me lo explico,
es un señor muy rico
y feo como un coco,
que estaba por mi novia medio loco
y al cual mostróse esquiva mi adorada,
fiel como pocas á la fe jurada...
y al saber, además, con desagrado

que el rival en cuestión... ¡era casado!
—¿Y no se han vuelto á ver?
—Muy á menudo;
jamás Flérida ha sido rencorosa,
y aunque quiso negarle hasta el saludo,
acabó por sonreirle cariñosa.
—¿Y lo toleras?
—¿Yo? me desagrada,
la verdad, mas ¡qué quieres! es honrada
y nada temo de mi amante esposa.
Y aun comprendo, á fe mía,
que Flérida le ponga buen semblante...
¡es un hombre tan fino y tan galante!
Ayer nos convidó á pasear en coche.
—¿Acaso *te* visita?
—Por la noche.
—¿Y aceptó tu mujer?
—Con alegría
y ningún mal en su actitud recelo.
—¿Y tú, rehusaste?
—¿Yo? ¡líbreme el cielo
de incurrir en tamaña grosería!
Con un hombre tan fino,
hay que aceptar, no queda otro camino;
aunque de resistir buscase el modo
me vería vencido fácilmente.
—¡Oh, sí! ya me imagino
cuán amable será y cuán complaciente
contigo... y con tu esposa, sobre todo.
—¿Qué puedo temer de ella,
si jura una y mil veces que me adora
y es, además, por mi feliz estrella,
lo que se llama toda una señora?
Podrá ese Creso suspirar, acaso,
por su beldad, pero es tarea vana,
pues ni Flérida peca de liviana,
ni, esclava de mi amor, le ha de hacer caso.
Es verdad que le mira ella sonriente,
lo cual no me hace gracia, francamente,
mas teniendo una linda dentadura,
¿quién obliga á estar seria á una hermosura?
¿Qué más? el otro día
recibió mi mujer, no sin rubores,
una sarta de perlas de valía
y un ramo, muy artístico, de flores,
obsequio amable del rumboso Creso,
y celosa de su honra con exceso

y sin mostrar vacilación al verlas,
tiró las flores... y guardó las perlas.
¿Quieres prueba mayor de que mi esposa
mira al supuesto amante desdeñosa?
A olvidar cuánto la amo
por mi ex rival, ¡con qué pasión fogosa
no hubiera mi mujer besado el ramo!
—Pues celebro en el alma
que no pierdas la calma
ni contra tu hado clames iracundo,
pues aunque arrastren tu honra por el lodo,
pensando de este modo,
serás el hombre más feliz del mundo.
—¿Crees que mi mujer?...
—Creo, inocente,
que obraste torpemente
al unirte con ella...
—¡Tal ultraje!
—¿Por qué al ver que mentía
cuando juraba que sin tí moría,
no emprendiste de nuevo un largo viaje?
¡Yo en tu lugar no paro hasta la Nubia!
Soltero aún, conoces y te apena
la suerte del marido de la rubia
¡y no escarmientas... en cabeza ajena!

CASIMIRO PRIETO.

ÉTOILE FILANTE

A la puesta del sol halléla un día
y en la luz del crepúsculo insegura
me pareció su espléndida hermosura
un sueño de mi loca fantasía.

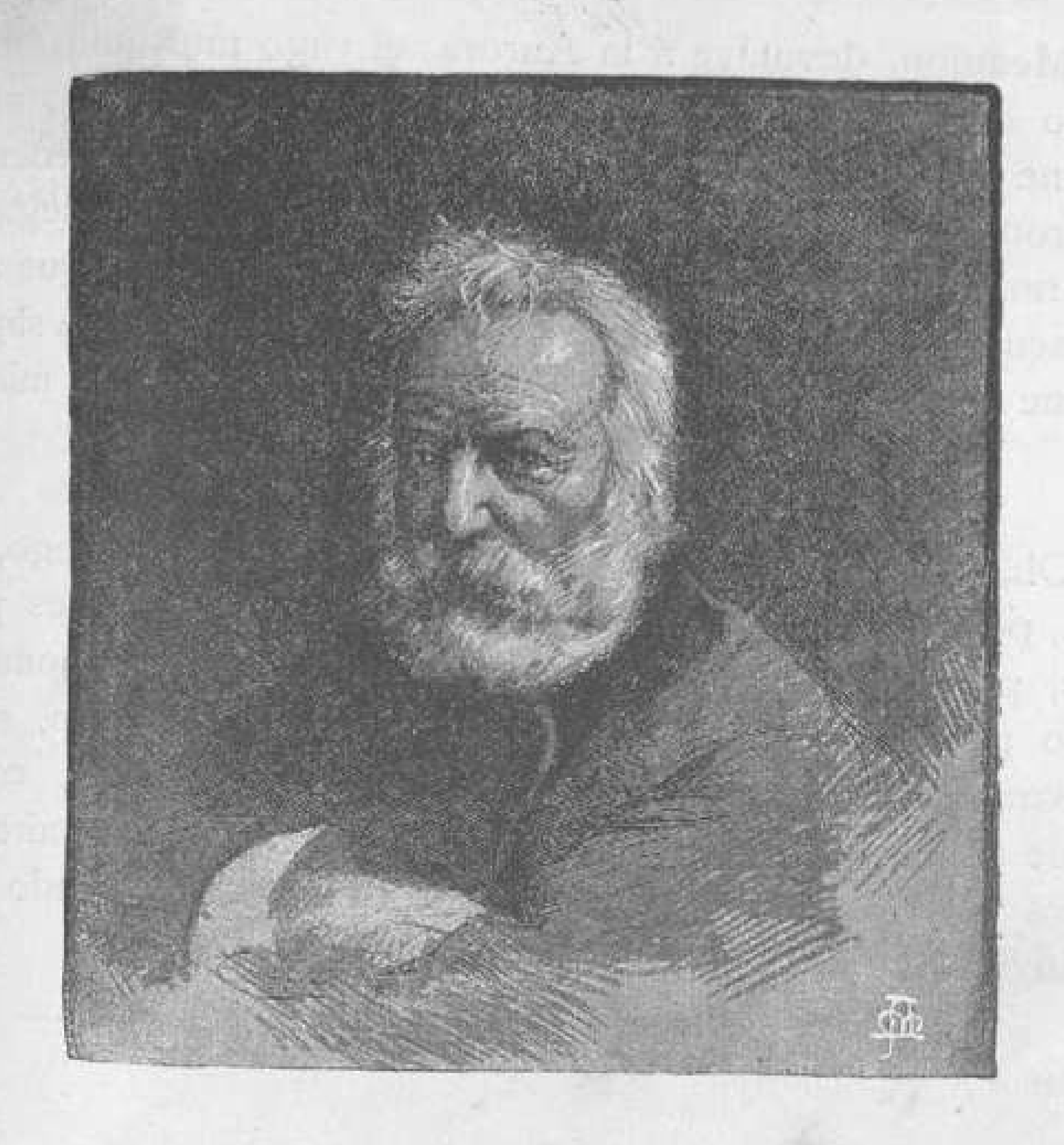
¡Amorosa visión! Era la mía.
La que colmó mis noches de ventura,
la que á mi ardiente artística ternura
edénicas delicias prometía.

Desde ese instante con tenaz fiereza
fugitiva persigo su belleza
entre la turba estúpida mundana;

y gozo los tormentos del delirio,
pues por hacer más hondo mi martirio
la busco ideal para encontrarla humana.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

Buenos Aires, Junio de 1893.



SU NOMBRE

(DE VÍCTOR HUGO)

Á OFELIA M.

Nomen ant Numen!

El suave perfume de la flor de lis pura; el resplandor brillante de una aureola; el postrer rumor del día; la tierna súplica amiga del que se aflige y consuela; el misterioso adiós de la hora que no vuelve; el dulce estallido de un beso de amor...

La banda de siete colores que en la nube deja la tempestad, como un trofeo al sol triunfante; el inesperado acento de una voz reconocida; el voto más íntimo de la virgen ingenua; el primer ensueño de un niño...

El canto lejano de un coro celeste; el suspiro que el fabu-

loso Memnon, devuelve á la Aurora; el vago murmullo de un sonido que tiembla y se evapora... todo lo que el pensamiento tiene de más dulce, aún es menos dulce que su nombre.

Pronunciadlo en voz baja, lo mismo que una plegaria. Pero no olvidéis incluirlo en todos vuestros cantos. ¡Que sea del oscuro templo la luz secreta! ¡Que sea la palabra sagrada que en el fondo del santuario repita siempre la misma voz!

¡Oh, amigos míos! antes de que en palabras de fuego, mi musa, perdiendo su arrebato, ose mezclar á los nombres profanos, proclamados por un vano orgullo, su casto nombre, oculto por el amor en mi alma como un santo tesoro, sería necesario que el canto de mis himnos fieles fuera como uno de aquellos que se escuchan de rodillas y que el aire estuviera lleno de sus voces solemnes, como si sacudiendo sus alas invisibles un ángel pasara cerca de nosotros.

MANUEL CASTILLA PORTUGAL.

Buenos Aires, Junio 1893.

JUNTO AL MAR

De pie, junto al mar, medito
cuando descienden las sombras,
mientras suspiran los vientos
y en tanto gimen las olas.

¡Medito en tu amor de un día,
medito en tus trenzas blondas!...
¡Cómo suspiran los vientos!
¡Cómo se quejan las olas!...

LEOPOLDO DÍAZ.

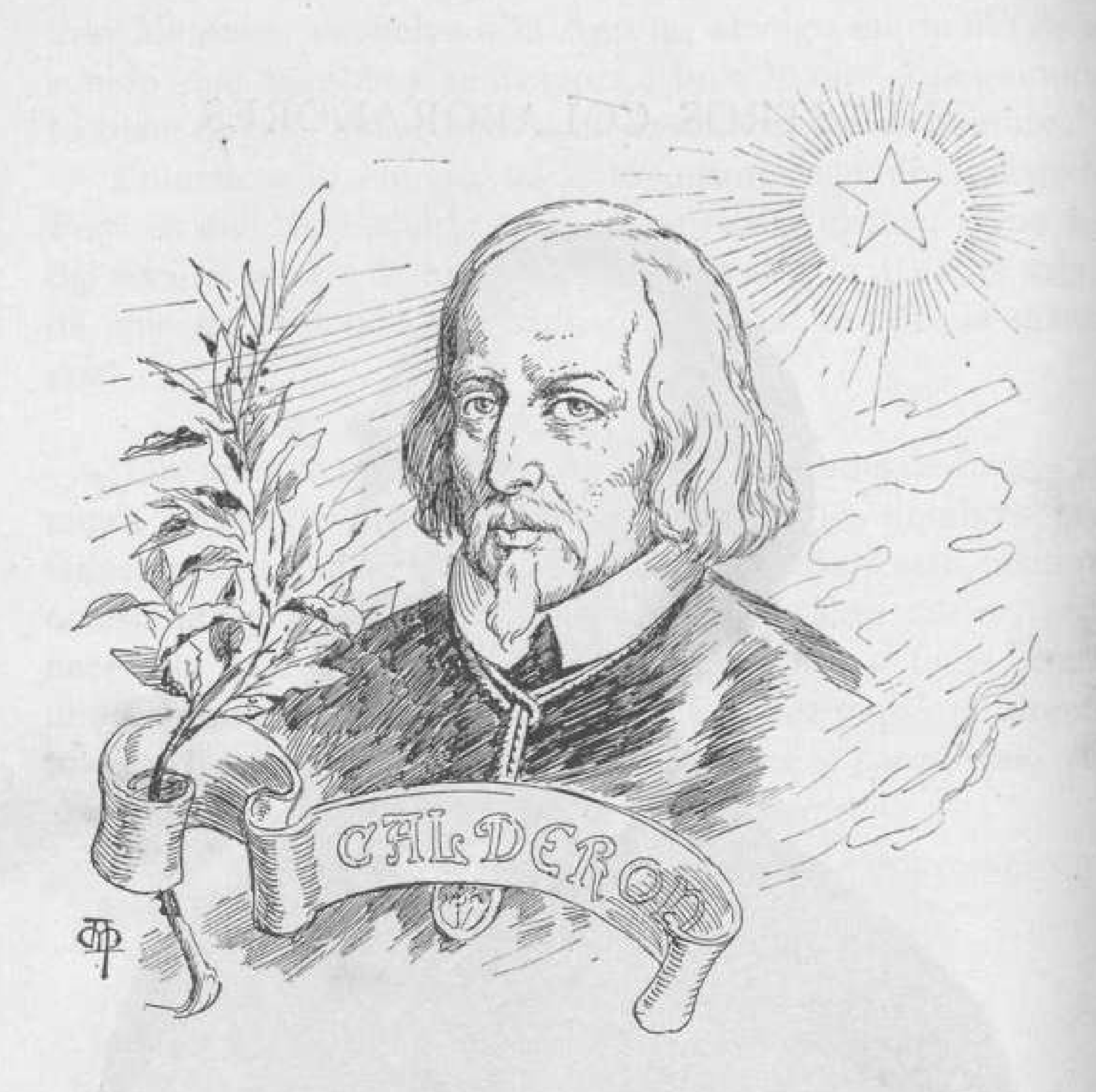
1893.

NUESTROS COLABORADORES



D. Marcos Zapata

EMINENTE POETA DRAMÁTICO ESPAÑOL



A CALDERÓN

Un rasgo en cada perfil,
un poema en cada plan,
el arranque varonil,
la pluma como un buril
y el alma como un volcán.

—

Luz, color, canto, armonía,
inteligencia, pasión,
torrentes de poesía,
mundos de filosofía...
¡Ahí tenéis á Calderón!

—

No hay en la naturaleza
ni estética ni sentido

maravilla ni grandeza
que no haya al cabo tenido
aposento en tu cabeza.

—

¿Dices con tiernos primores
melancólicos amores?
Y son tus endechas suaves
el arrullo de las aves
y el perfume de las flores.

—

¿Pintas imágenes bellas
y cuadros de placidez?
Te dan fulgor las estrellas,
la luna su palidez
y el astro rey sus centellas.

—

¿Qué nervio, qué majestad
no hay en tí, cuando te inspira
la trágica humanidad?
Entonces la tempestad
zumba y revienta en tu lira.

—

Entonces sobre la escena
de las musas españolas
tu acento robusto truena
como el hervor de las olas
sobre la frágil arena.

—

Tus dramas son colosales,
tu pensamiento infinito
y tus versos inmortales
retratos esculturales
y figuras de granito!

—

Tu numen rico y fecundo
al mundo entero recrea,
¡qué eternos son en el mundo
tu Alcalde de Zalamea
y el Príncipe Segismundo!

—

¡Oh, bendita la nación
que cuenta como gigantes
de su fama y galardón,
en la novela á *Cervantes*
y en el drama á *Calderón!*

MARCOS ZAPATA.

LA HONRADEZ DE UNA ÁNIMA BENDITA

(TRADICIÓN)



AUNQUE yo sea la segunda persona después de nadie, no por eso autorizo á mis lectores para que duden de la veracidad del relato que voy á hacerles, máxime cuando me apoyo en la autoridad del padre Calancha, que fué un agustino de manga ancha y más bueno que el pan de manteca.

El 6 de Enero de 1628 emprendió viaje para el Purgatorio un limeño llamado Diego Pérez de Araus, muy gran devoto de san Agustín, pero que lo era más de las muelas de santa Apolonia.

Ya en el otro mundo, entróle á su ánima el remordimiento de que, en cierta noche, y empleando no sé si dado carrete ó caracolillo, le había ganado á un su amigo, Antonio Zapata, no diré una suma morrocotuda sino la pigricia de doscientos pesos.

Ánima de poco meollo cerebral y de muchos escrúpulos de monja boba debió ser la del tramposo Pérez de Araus; porque dió en aparecérsele todas las noches á su acreedor Zapata, quien de tanto dar diente con diente, por el terror que le causaba la visita, empezó á perder carnes como aquel á quien encanijan brujas. En vano, á cada aparición, preguntaba Zapata qué cosa se le había perdido al ánima bendita, y por qué la buscaba en casa ajena. El espíritu de Dieguillo no despegaba los labios para dar respuesta.

Y Antonio se echó á gastar en misas de san Gregorio y demás sufragios por el ánima de Pérez de Araus, y la pica-

rona, ¡ni por esas! no dejaba pasar noche en blanco ó sin visita. Tengo para mí, que, en el siglo XVII, debió andar un tanto descuidada la vigilancia de los guardianes en el Purgatorio. Sólo así me explico la frecuencia con que venían á pasearse por acá las ánimas benditas. Eso sí, con el alba todas regresaban á su domicilio del otro mundo, sin que haya tradición de que una sola hubiera cometido la informalidad de faltar á la lista de diana.

Cundió, en Lima, la noticia de que el ánima de Diego



Pérez de Araus era ánima viajera y con quehaceres por estos andurriales. La viuda de Pérez, que era moza, y de buen ver y mejor palpar, se asustó tanto con la nueva que diz que ya desde esa noche no durmió sola, recelando que al ánima del difunto se le antojara ocupar su legítimo sitio en el lecho matrimonial. Hay ánimas benditas que, por mozonada, han hecho cosas peores. Apruebo la medida precautoria adoptada por la viudita.

Afortunadamente vivía en Lima, y en el monasterio de las Descalzas, una monja más milagrera que la mitad y otro

tanto, á la cual expuso su cuita el desventurado Zapata. Y la sierva de Dios le contestó que fuese sin zozobra, que hembra era ella para meter en vereda al ánima de Diego Pérez.



Y la evocó, y la echó una repasata muy enérgica por la majadería de andar quitando el sueño y asustando al pobrete Antón Zapata.

—De parte de Dios te mando, concluyó la monja, que me digas, francamente, á qué vienes á Lima.

Parece que el ánima de Pérez de Araus se atortoló como una menguada; porque declaró que sus idas y venidas eran motivadas por el remordimiento de haberle ganado, *á la mala,* doscientos pesos á su amigo.

—¡Pues buen modo de pagar tienes, hijita! ¿Eso se estila por allá? ¡Ea! Lárgate y no vuelvas, que yo hablaré con tu mujer para que ella pague por tí. Véte tranquila á tu Purgatorio y no te reconcomas por candideces.

Y efectivamente. El alma de Diego Pérez no volvió á rebullirse. Si hubiera perseverado en la manía de las escapa-

torias, el padre Calancha, que debió tener bien organizada su policía, lo habría sabido y nos lo hubiera contado.

La monja llamó á la alegre viudita, y la intimó que pagase á Zapata los doscientos duros de que el difunto se había confesado deudor. Madama quiso protestar el libramiento, alegando razones que, probablemente, serían de pie de banco, porque la sierva de Dios le repuso con toda flema:

—Bueno, hijita, como quieras. Que pagues ó no pagues me es indiferente. Lo que sí te aseguro es que esta noche tendrás de visita á tu marido. Él se encargará de convencerte... y hasta de cobrarte cuentas atrasadas.



Ante tal amenaza, la viudita, cuya conciencia no estaría muy sobre la perpendicular, se avino á pagarle á Zapata los doscientos de la deuda. Prefería largar la mosca á volver á tener dimes y diretes con el difunto.

Y aserrín, aserrán
los maderos de San Juan;
los del rey asierran bien,
los de la reina también;
los del duque

truque, truque;
los del dique
trique, trique.

Ahora bien, digo yo: ¿no convienen ustedes conmigo en que, en este condenado y descreído siglo XIX, las benditas ánimas del Purgatorio se han vuelto muy pechugonas, tramposas y sin vergüenza? Para delicadeza las ánimas benditas de há tres siglos. Hemos visto á una de estas infelices en trajines del otro mundo á éste, para pagar una miserable deuda de doscientos pesos. ¿Y hoy? Mucha gente se va al otro barrio con trampa por centenares de miles, y en el camino se les borra de la memoria hasta el nombre del acreedor.

RICARDO PALMA.

Lima.



EPIGRAMA

—Déjate ya de campañas
de amor, que causan mil daños...
—¿Y renuncio á mis hazañas?
—Mejor que *hazañas, haz-años.*

LA SAMARITANA

I

Quedaron en sosiego las torcaces
en el verde dosel de las adelfas,
y duermen, en el tallo de los trigos,
las mariposas negras.

Llegó del mediodía
la llamarada intensa;
el cielo es un cristal enrojecido
y calla el esquilón de las corderas.

II

La mujer de Samaria,
llevando en la cabeza
el odre rojo de brillante arcilla,
á la fontana de Jacob se acerca.

Junto al pozo sentado
un hombre la contempla:
cubre sus pies el polvo del camino,
con algo grande sus pupilas sueñan.

Entonan las cigarras
los cantos de la siesta,
y un hálito de plácida frescura
despide la cisterna.

Mirando al extranjero
la mujer de Siquem su ánfora llena,
y en el cántaro rojo
brillan las gotas en que el iris tiembla.

III

—En el vaso de arcilla de Samaria
quiere apagar su sed mi boca seca:
es largo mi vïaje; todavía
me apartan muchas noches de mi tienda.—

Bebe Jesús; redoblan las cigarras
los cantos de la siesta,
y en el añoso tronco de la encina
los viejos verderones cuchichean.

Y dice la mujer, mirando al hombre
que así los ritos seculares quiebra:
—¿No sabes, extranjero,
que el agua de mis odres envenena?

En la cumbre cercana,
de hinojos ante Dios, mis padres rezan;
los tuyos en el templo le dedican
la oración de su fe. ¡Véte y no vuelvas!

IV

Alza Jesús la frente,
y alargando la diestra,
bendice las campiñas de Samaria
con los ojos radiantes de clemencia.

—Tiene mi padre abiertos los oídos
á todos los rumores de la tierra:
¡poco importa el lugar donde se diga,
siempre que pura la plegaria sea!—

Calla Jesús; se agitan las torcaces
en el verde dosel de las adelfas,
y sube, desde el fondo del otero,
el rústico balar de las corderas.

CARLOS ROXLO.

Buenos Aires, Mayo de 1893.

RIMA

Al morir de la tarde misteriosa,
el genio de la noche abre sus alas;
después, á la tiniebla pavorosa,
la mañana sucede con sus galas.

También al día de inefable encanto,
sigue la noche de indecible pena...
viene el goce otra vez... de nuevo el llanto...
¡Oh, qué larga cadena!...

AMALIA PUGA.

Lima, 1893.

BELLEZAS AMERICANAS



URUGUAYA

JUGANDO Á LOS ENFERMOS

Á MI BUEN AMIGO, EL INGENIOSÍSIMO ESCRITOR D. CASIMIRO PRIETO

I

En aquella casa residían: la aurora, ó más propiamente, el orto, el mediodía y el ocaso.

Podría llamársela « el país del sol; » como alguien la llamó á Italia, y alguien más á España.

Pero el sol que baña este pequeño mundo de base cuadrangular, ese sol que, á un tiempo, se ve sobre el horizonte en sus puntos opuestos, y en lo alto del cenit, es el sol fisiológico, el misterioso sol de la vida.

Es la vida, arrebolando en una preciosa niña de cinco años; centelleando en los padres, jóvenes esposos de veinticinco y treinta años; declinando en la abuela.

Al través del foco luminoso central, los rayos suaves que parten de los dos puntos opuestos del horizonte, se buscan con atracción recíproca, con porfiado afán, con persistente amor.

Yo no sé cuál es la ley que determina este movimiento del niño hacia el viejo, del nieto hacia el abuelo, hacia la abuela especialmente. Aquel ser á medio formar, falto aún de calor, refugiándose en el seno, ya frío, del anciano, constituye un espectáculo tierno y poético; pero constituye también un fenómeno difícil de explicar.

En cambio, el amor del viejo al niño, del abuelo al nieto, se explica; ó si no se explica bien, se siente con facilidad. Es la vida amándose á sí misma, en su renovación, en su comienzo; es la experiencia amarga, la exacta noción de la engañosa realidad, el dolor, adorando la cándida ignorancia, la inocente fe, la dicha. Es, sobre todo, la *maternidad de la abuela*, ¡la sublime maternidad virginal, moral, quintaesen-

ciada! Allá, en los tiempos bíblicos, hubo una anciana, Sara, que tuvo un hijo engendrado por el amor divino; concepción de su alma, no de sus entrañas.

Luego, en esta dualidad humana, esta dualidad físico-moral, sólo el ser orgánico, llegado á la plenitud, decrece y va, gradualmente, á la muerte. El ser moral crece siempre, acelerando quizá su crecimiento el decrecimiento físico. Cuando los órganos flaquean, y las pasiones se amortiguan, parece que el alma se enseñoreara de todo el ser. Se come poco, se duerme menos, los músculos niéganse á moverse; y en esta larga vigilia, y en esta final reclusión, el alma trabaja sin cesar, y se aferra á los seres hermosos que la rodean de continuo.

II

Era curiosa la manera cómo aquella abuela expresaba su amor por su nieta. Intervenía en su alimentación, en el arreglo de su vestido, en las medidas precaucionales en pro de su salud; la llevaba á paseo, á la iglesia, á todas partes; le decía cuentos; le inculcaba preceptos morales, le enseñaba oraciones, y, al fin, la hacía dormir sobre su regazo, velando largas horas su sueño tranquilo. En suma: ejercía sobre ella un verdadero monopolio. Y todo esto con seriedad, á veces con severidad, sonriendo algunas veces, jamás riendo; y, si no me engaño, en alguna ocasión ha llegado hasta á reconvenirla.

Sin embargo, se la ha sorprendido con frecuencia arrobada, extática, fija su mirada en la mirada dulce de la niña, como si quisiera absorber la suave luz que irradiaba de sus pupilas azules; cual si pretendiera imbuir, en su exhausto organismo, aquella existencia encantadora que se desplegaba ante sus ojos.

Por lo demás, su vida entera refluía sobre aquella criatura; pero de un modo grave, casi triste.

III

No exageremos.

No quería la abuela á la nieta con más intensidad, con más vehemencia, con un amor más grande y más santo que los padres á la hija. Había, sí, en el amor de aquélla, más igualdad, más permanencia, lo que podríamos llamar una idea y un sentimiento fijos, casi una obsesión. No la amaba más: tenía más tiempo fijo su pensamiento en ella.

Los padres... La juventud, con sus pasiones, sus sueños, su fuerza insegura y su movimiento difuso; el amor del uno al otro, las atenciones y las preocupaciones de esta compleja vida social; todos esos accidentes velaban, momentáneamente, en su corazón, la adorable imagen de la niña; pero de pronto resurgía poderosa en él, como surge el sol entre la ligera niebla, dominando el espacio.

En presencia de aquella cabecita de querube, de líneas nítidas, de curvas suaves, de facciones puras, blancas, mórbidas, cubierta por abundoso y áureo cabello, semejante á un nimbo de gloria; al recibir su mirada, blanda, dulce, acariciadora, aquélla mirada que conmovía aún las almas indiferentes y despertaba en ellas no sé qué dulces sensaciones y misteriosas ternezas; al oir su incesante charla, de acentos agudos y timbre cristalino, semejante á un gorjeo; al verla correr, saltar, batir las manos, como si batiera alas, en una carrera que más se parecía á un vuelo, pasando, como un rayo de sol, de una á otra habitación, aquellos padres jóvenes, llenos de vida, de porvenir y de ensueños, olvidábanse totalmente del mundo y de sí mismos, para no vivir más que la vida de aquel diminuto y poético ser que llenaba, él solo, aquel otro mundo del hogar, oasis ó mundo de refugio, mundo de verdad y de dicha, reinando en él con absoluto imperio.

Y estos éxtasis hacían crisis, ordinariamente, tomando la niña en brazos, estrechándola en ellos, diciéndola no sé qué cosas incoherentes y tiernas, besándola, besándola mucho, besándola sin piedad, bañándola con sus lágrimas, lágrimas de afecto, de ternura, de temor... ¡Qué sé yo!...

Á veces, en estos desbordamientos de cariño, en estos transportes de felicidad, cruza de improviso el misterioso espacio la leve sombra de una siniestra mano que amaga. ¡Es, tal vez, la voz del destino que advierte confusamente al hombre, en sus momentos de placer, que la felicidad no es sino un accidente en su vida!

IV

Residía, además, en el seno de aquella familia, y como formando parte de ella, otro ser... ó cosa; en fin, una muñeca, una gran muñeca, que el dueño de la casa había regalado á su hijita precisamente en el quinto aniversario de su nacimiento.

Era una muñeca de dimensiones colosales... relativas. De cabello rubio, como su dueña, y, como ella, tenía blanca y nacarada la tez, grandes, rasgados y azules los ojos, la boca breve, los labios rosados. Pero, al revés de ella, sus ojos carecían de mirada, ó, si la tenían, era una mirada dura y vaga, una mirada que no se fijaba en objeto alguno; y carecían, sobre todo, de aquel fluido, de aquélla tenue atmósfera en que se refractaba el rayo visual, y daba á la mirada de la niña esa dulzura y ese sello de poética melancolía que era uno de sus más salientes rasgos fisionómicos. Al revés de ella, tenía demasiado carnosas las mejillas, cuello macizo, corto, recio, cuello de esfinge; torso hidrópico, manos y pies deformes. Tenía articulaciones en las piernas, en los brazos y en el cuello.

Era, sin embargo, entre sus congéneres, uno de los tipos más perfectos de belleza plástica.

Un rico atavío velaba esos ligeros defectos de modelado.

Tenía su asiento y su servicio propio en la mesa, al lado de la niña; y en el aposento de ésta su cama, un canasto de junco, como el que salvó á Moisés, de artística forma, y cubierto con gasas, recogidas con lazos de seda.

La asociaba á sus juegos, establecía con ella animados *diálogos*, le arreglaba... ó desarreglaba el tocado, poniéndole

dijes y prendidos extraños; la peinaba, surcando con sus deditos rosados el largo cabello suelto y áspero, casi con la misma fruición con que su abuela esparcía el suyo sobre sus espaldas, semejante á un reflejo de sol.

Luego la alzaba en brazos y echaba á correr con ella de una á otra habitación, presentando el fantástico aspecto de un rapto... de una muñeca por otra muñeca.

Algunas veces, al pasar con la gran carga en sus bracitos débiles, jadeante el pecho, encendido el rostro y los ojos dilatados, por delante de la madre, un gemido de dolor y de sorpresa se exhalaba de los labios de ésta.

V

En una de esas carreras la muñeca se deslizó de los brazos de la niña, y cayó con estrépito. Cayó sobre un costado, con la espalda vuelta hacia la niña. Ésta quedó inmóvil, como adherida al suelo, ante aquel cuerpo exánime.

Estaba consternada. Creía haber cometido un crimen; pensó si estaría *herida*, si se habría fracturado algún miembro... No se atrevía á moverse, ni á respirar siquiera... deseaba y temía al mismo tiempo ver si se había hecho mal.

Al fin se rehizo y tomó una resolución. Se inclinó sobre ella, la dió vuelta con cuidado... y se encontró frente á frente con la muñeca, que le sonreía con su habitual aire distraído y le mostraba los colores vivos de sus mejillas carnosas, su boca entreabierta, sus dientes blancos y alineados. Entonces, á la vista de aquella cara plácida, en la cual no se traslucía signo alguno de sufrimiento, se sintió tranquila y se sonrió á su vez.

Se puso, sin embargo, á examinarla cuidadosamente, con los ojos y con las manos. Éstas dieron con un desperfecto: estaba ligeramente herida en la barba, un rasguño, un rozamiento de la piel; había saltado un pequeño y superficial pedazo de la pasta.

Terminado el examen, trajo un pañuelo de seda, ciñó con él el rostro de la muñeca, pasándolo bajo la barba y anudán-

dolo sobre la cabeza, y alzándola luego la condujo á su cama, constituyéndose, desde entonces, en su enfermera, dispensándole una asistencia asidua.

La arropó bien (hacía un frío bastante intenso), mandó que preparasen una *tisana* (infusión de té), y mientras tanto, oficiando de doctor, le tocaba la frente, le tomaba el pulso, y hasta le ponía, bajo el brazo, un tubo de cristal ú otro objeto cilíndrico cualquiera, á guisa de termómetro. Su desesperación fué grande cuando quiso examinar su lengua, y sólo percibió, tras sus dientes blancos, una región oscura... Luego le servía el medicamento en la tacilla de té chinesca.

Pocos momentos se apartaba de aquel *lecho de dolor;* y hasta la abuela se sintió más de una vez molestada por aquella enferma extraña, que vino á robarle muchas horas de atención de su nieta, horas que constituían el más grande consuelo á sus dolores, y una felicidad apenas soñada en los días vecinos á la muerte.

VI

Tres días después del accidente de la muñeca, y como á media noche, — una noche de Junio, serena, clara, fría, — la abuela creyó oir una tos de niña, pero tos ronca, ahogada, extraña.

Se sintió consternada, toda su sangre afluyó al corazón, se incorporó con un movimiento nervioso, convulso, se sentó en la cama, y escuchó. Su corazón golpeaba como un martillo, bajo su pecho descarnado, cuyos latidos oía ella distintamente, y parecíale que turbaban el silencio profundo de la estancia.

Esta anciana vivía casi á expensas de aquella niñita; y cada signo de quebrantamiento de salud de ésta, la hería de muerte. Toda su vitalidad, toda su actividad, toda su energía, se habían concentrado en una sola función: amarla. Por eso una queja de ella, un acceso de tos, la cara pálida ó encendida la alarmaban como el siniestro augurio de una catástrofe inmensa, de una catástrofe á que no podría, sin duda, resistir.

Siguió escuchando, sentada y semidesnuda, sin apercibirse del frío reinante, sin bastar á advertírselo el estremecimiento de su cuerpo, estremecimiento que bien podría ser de frío, de fiebre ó de temor. Oía el *tic-tac* de un reloj situado en una pieza lejana, destacándose claro, monótono y lúgubre en el silencio de la noche. La claridad de la luna filtraba, difusa y triste, al través de las dobles cortinas que cubrían los vidrios de las ventanas, empañados por un rocío denso, compacto.

Otro acceso de tos ronca y ahogada se dejó oir, seguida de un como gemido doloroso. Aquel eco extraño, triste, sacudió su cuerpo como el contacto de una corriente eléctrica. Entonces, en un movimiento febril, buscó á tientas algo con que cubrirse, se envolvió en ello, saltó de la cama y se dirigió á la habitación de su nieta. Encendió luz, la dirigió sobre el lecho de la niña, que abrió los ojos y volvió á cerrarlos deslumbrada; tornó á abrirlos, los fijó en la abuela y se sonrió. Interrogada por ésta, llevó su manecita nacarada á la garganta, como indicando algún dolor en ella, y su color encendido, y su respiración ansiosa, revelaron pronto, á la abuela aterrada, que su nieta estaba enferma.

Su primer movimiento fué despertar á todos, poner en movimiento á toda aquella casa dormida; luego se detuvo. Pensó en su hija, en su pobre hija, tan joven, tan feliz, que en aquel momento estaba entregada á un sueño tranquilo, el sueño de la juventud sana y virtuosa, y á la cual esperaba muy pronto un despertar horrible. Pensó en su yerno, aquel noble y valeroso corazón que más de una vez había pedido á aquel ser débil, diminuto y angélico, fuerzas para luchar y para vencer en la incesante batalla de la vida. Vió aquella casa, la bien amada de la dicha y de la luz, sumida ahora en una quietud y un silencio fatídicos, la vió ya agitada, llena de movimiento, pero de movimiento febril, angustioso... y la vió, sobrecogida de espanto, en un porvenir próximo quizá, convertida en mansión de muerte, de dolor y de tinieblas.

La respiración dificultosa, anhelante de la niña, la trajo de nuevo á la realidad circunstante. Se irguió con resolución, y llamó á una sirvienta que dormía allí próximo.

El despertar se propagó con rapidez. Pronto no quedó en aquellas camas más que montones de ropa, aún caliente, revuelta en informe confusión. Pronto, en efecto, á la tranquilidad y el reposo del momento antes, sucedió la agitación de una vida extraordinaria, presa del temor, del sobresalto, del presentimiento doloroso.

La madre, con los ojos dilatados, con expresión de espanto, como si llevaran en su retina la reminiscencia de un sueño horrible, se abalanzaba al pequeño y perfumado lecho de su hija, semejante á un nido fabricado en un rosal, abrazaba á la hermosa enfermita, la miraba extraviada, anhelante, la palpaba por todas partes, le decía mil ternezas, la cubría de besos, la estrechaba... como si pretendiera defenderla contra el mal. ¡La obligada, la sublime farmacopea de las madres!

El padre se inclinaba también sobre aquella cabecita rosada, pálido, ansioso, opreso el pecho, y los ojos fijos en los tristes ojos de la niña como interrogándolos.

Sólo un ser permanecía allí tranquilo y risueño: la muñeca, la extraña enferma de cara plácida; sólo su cama se había preservado del desorden.

Se llamó un médico, que llegó presto, bien envuelto, medio tiritando, el rostro descolorido y esforzándose por sonreir. Miró al lecho de la niña, luego al de la muñeca, y exclamó con un acento que quería ser jovial:

—¡Cómo! ¿Dos enfermas? Parece esto un hospital de niños.

Luego se acercó al de la chiquita. Posó su mano fría en la frente ardorosa de la enferma, examinó su lengua, auscultó su pecho, exploró su garganta... mientras aquellos tres seres ansiosos que lo rodeaban trataban de sorprender sus impresiones en su rostro opaco, de músculos inmóviles.

—No es nada, concluyó por decir; no sé si por convicción ó por bondad. Es la frase socorrida de los médicos discretos ó ineptos.

Recetó algo, algún emético según creo; prescribió el reposo, prohibición de hablar, atmósfera tibia é impregnada de humedad por medio de pulverizadores.

Cuando llegó el día su estado general era casi bueno. Había arrojado, por medio del vomitivo, las secreciones que parecían obstruir su garganta. Respiraba mejor, su voz era menos afónica, la fiebre había declinado.

Se sentó en la cama, y pidió que pusieran la de la muñeca paralela á la suya, con la cara de ésta vuelta hacia ella. Así, las dos enfermitas, parecían contemplarse sonriendo; la muñeca con su peculiar manera de mirar, mirada vaga, fija más bien en el vacío.

La tranquilidad, la alegría, renació en la casa, bien que de un modo cauteloso, receloso, velada por no sé qué presentimiento que oprimía, á su pesar, aquellas amorosas y nobles almas, que se esforzaban en vano por familiarizarse con una felicidad á la que creían tener derecho.

Por la noche recrudeció el mal. Los síntomas de sofocación fueron más intensos, la fiebre volvió á ascender, y la pobre niña, con mano trémula, parecía querer apartar de su garganta algo que la oprimía, impidiéndole respirar.

Hubo junta de médicos. Examinaron la garganta por medio del laringoscopio, y constataron que no existía motivo inquietante alguno. Recetaron nuevos eméticos, inhalaciones calientes, reposo, silencio...

Nuevamente pareció aflojar el siniestro dogal, dando libre entrada al aire en el pecho, que se dilataba á su benéfico influjo, renaciendo en él la vida y la salud.

Transcurrieron algunos días en estas alternativas, en que se sucedieron temores y esperanzas, tristezas y alegrías, dolores intensos y consuelos fugitivos; días largos, sombríos, con breves intermitencias de claridad vaga é indecisa, en que aquellos pobres padres y aquella buena abuela han vivido siglos de incertidumbre, de ansiedad y de horror; días tras los cuales aquellos tres seres parecían haber vivido el mismo tiempo, encontrarse en la misma edad, ante el mismo horizonte, y con igual aniquilamiento de fuerzas. ¡La madre había llorado tanto, que hubiérase dicho que el manantial de sus lágrimas se había agotado!

Tras esos días llegó una noche horrenda. La enfermita

sufrió un acceso terrible. Se ahogaba. Agitábase desesperada, convulsa, bajo la ropa descompuesta. Llevaba sus manecitas crispadas á la garganta tumefacta, como si quisiera horadarla. Hacía esfuerzos sobrehumanos por respirar, produciendo su escasa inspiración un ruido sibilante, un chirrido siniestro y angustioso.

La lucha de un querube, de un hermoso, débil y diminuto ser, con la mano invisible y hercúlea que le estrecha despiadada la garganta, forcejeando, aterrado, por desasirse de ella; la lucha de ese débil é inocente ser, aislado, abandonado á sí mismo, en presencia del amor y de la ciencia impotentes, debatiéndose contra esa fuerza fatal é incontrastable que lo arrastra... la presencia de esa lucha debe quebrantar los corazones más valerosos y los más fuertes caracteres.

Aquello no debía prolongarse. Cerca del amanecer sobrevino un paroxismo de disnea... y el fatídico y angustioso silbido cesó.

. . . .

La primera luz del nuevo día pudo mostrar: Al fondo de la estancia silenciosa y lúgubre, la rubia cabecita de la niña, inmóvil sobre la blanca almohada, en el reposo profundo tras la larga lucha, la faz cianótica, los grandes ojos abiertos, tristes y sin luz, y cierto ligero fruncimiento de cejas que parecía estereotipar, más que una sensación dolorosa, un leve sentimiento de impaciencia ó desagrado.

A su lado la madre, joven, hermosa, pero con una hermosura prematuramente marchita, agostada por todos los dolores de una larga vida trágica condensada en unas pocas noches; los ojos secos y vidriosos, dentro del marco rojo de los párpados encendidos, fijos en los ojos de la muerta, mientras sus manos acomodaban su cabecita, aún caliente, sobre la almohada, como pretendiendo proporcionarle un mayor reposo; recogía su cabello disperso, semejante á un haz de rayos luminosos; arreglaba sus ropas... con un movimiento igual, uniforme, movimiento de autómata, cual si fuera ejecutado en un período de sonambulismo.—Tras ella su esposo, con el rostro pálido inundado de lágrimas, las primeras bienhechoras

lágrimas que vertía en aquella larga jornada de dolor.—Al otro lado la abuela, de pie, inmóvil, rígida, con una rigidez de estatua, erguida su altiva y venerable cabeza de correctas líneas, que un tiempo debió ser hermosa, la faz macilenta y tranquila, y fija la mirada con expresión de tristeza, de amor, de lástima, no ya en la cabecita inanimada que se destacaba en el fondo blanco del pequeño fúnebre lecho, sino en aquellas dos jóvenes cabezas que se inclinaban sobre él. Quizá no pensaba en su nieta, que ya estaba muerta; ni en sí propia, que moriría pronto; sino en aquellos otros dos seres jóvenes, buenos, amorosos, felices otrora, invadidos de pronto, en mitad de la vida, por la sombra salida de aquel sepulcro, sombra perdurable.

Y algo más lejos, yacente, sobre un costado, en el artístico lecho de juncos, vuelta la cabeza hacia el patético grupo, la gran muñeca, con sus ojos muy abiertos, sus carnosas mejillas sonrosadas, sus rojos encarnados labios y sus dientes blancos y uniformes, ceñida la barba por un pañuelo, risueña, tranquila, impávida...

Miguel Angel, el gran artista trágico, el gran modelador de las actitudes dolorosas y airadas, la gran alma solitaria que cruzó, altiva y doliente, uno de los períodos más sombríos de la Historia, grabó esta leyenda en el pedestal de una de sus famosas estatuas colocadas sobre la tumba de los Médicis, la estatua de una mujer dormida: «Dormir es dulce, y todavía es más dulce ser de piedra, en tanto que duren la miseria y la vergüenza. No ver nada, no sentir nada, es mi felicidad. ¡Ah! no me despiertes.»

MANUEL A. BARES.

Junio de 1893

EPIGRAMA

Es Inés tan erudita,
que, con afán importuno,
no bien habla con alguno
le sale con una cita.

LA VIEJA VERDE



—¡Oh, mi amada *juventud!*
—No se acuerde usted más de ella,
doña Flavia.
—¿Por qué, Estrella?
—Porque altera... su salud.
—Me enfadas con tu ironía,
¿no es mi rostro aún hechicero?
y, además... yo me refiero
á los *jóvenes* del día.



CON EL DIABLO Á BOFETADAS

A cinco preciosas amiguitas, en una tertulia

No con místico pavor
os aterre el mal vocablo;
pues el diablo de que os hablo,
es un buen diablo: el amor.
Y tales barrabasadas
suele jugar el muy chulo,
que por eso las titulo
con el diablo á bofetadas.
Porque se las voy á dar...
¡vaya si se las daré!
—¿Que es un niño?—Ya lo sé;
no tenéis que replicar.
También sé lo que me cuesta
siempre que se me propasa,
como sé lo que le pasa
al que con niños se acuesta...
—Mas como nació sin vista,
me diréis, hay que dejarle.
—Bueno; yo no he de curarle:
que se vaya á un oculista.
Y si no tiene el tunante
para curarse, dinero,
robe; y será caballero...
no viva como *atorrante.*
¿No es primo de la Fortuna,
y no andan juntos los dos

por esos trigos de Dios
haciendo estragos? *¡Ahijuna!*
¡La Fortuna! ¡Buena hembraza!
digna parienta del nene,
ciega también se nos viene;
ciega también, la rapaza.
De la ceguera reniego:
que como uno al otro guía,
así nos dan, á porfía,
los rebencazos de ciego.
¿No os träen á mal traer?
A mí me tienen ya frito:
por eso exclamo y repito:
¡bofetadas ha de haber!
Me ha jugado el trapalón
travesuras como templos;
vayan algunos ejemplos,
porque me deis la razón.
Cuando yo era rozagante,
amé á una niña hechicera...
(esto parece habanera;
valga el plagio, y adelante).
¡Qué ojos! ¡Qué boca! ¡Qué seno!
¡qué voluptuosa mujer!
¡qué gracia en todo su ser,
y qué andares... y qué... bueno!
Mas cuando ya el corazón
teníamos como brasa,
salta la madre y la casa
con un viejo sesentón.
Pasamos la pena negra...
¡válgame el amor, compadre!
que antes de ensuegrar, la madre
ya se portó como suegra.
Mi contraste lamentando,
cierta dulce amiga mía,
presa de igual agonía
me contestaba llorando:
—Comprendo su sinsabor;
como el mío es sin consuelo;
que yo también me desvelo
por un imposible amor.
Por Diego el dolor me lanza
á la desdicha más cierta;
que le han cerrado la puerta
tras cinco años de esperanza.
Pero no han de conseguir

mi constancia así burlar;
¡ó con Diego he de casar,
ó en un convento morir!—
Brotaban llanto de fuego
nuestros ojos á raudales,
¡y á los seis días cabales
yo era su lindo don Diego!
¡Qué amor trabamos! Suprimo
sus dulzuras y entremeses...
porque á los cinco ó seis meses
se casaba con un primo.
Mientras tanto, una chiquilla
de ojos y tez de gitana,
fuerte como una espartana,
dulce como una pastilla,
supo excitarme el deseo
más tenaz, más alarmante,
y entre el *sí* y el *no,* inconstante,
¡qué cinco años de toreo!
Al cabo me dió á entender
que ella quería casar
con un hombre así... vulgar,
más fácil de someter.
Que los poetas de historia,
á las mujeres sensibles
dan rivales imposibles...
la inspiración y la gloria.
Que en sus visiones perdidos,
son para el amor... enjutos;
y que los hombres muy brutos
son los mejores maridos.
¿De dónde diablos, me digo,
sacará esta teología?
¡De un pariente que tenía,
y era *mi mejor amigo!*
A otra que fingió también
amarme con tal furor
que aquello ya no era amor,
sino un infierno, un belén;
de osadías tan osadas,
de tan furiosos desvelos,
tan celosa, que por celos
me pegó dos bofetadas;
que á toda costa quería
ser mía de cualquier modo,
y que se arrojaba á todo
con tal de llamarse mía.

Esa mujer, ó volcán,
que me estaba achicharrando,
me dijo un día, llorando:
¡Hasta aquí llegó el afán!
Y hasta allí no más llegó...
y aún no sé cómo ha pasado,
que ella se fué por un lado
y por otro lado yo.
Otra, de porte severo
como una estatua de nieve,
de esas á que no se atreve
el más audaz trapacero,
que el combate resistía
cautelosa y reservada
como fuerza atrincherada
tras oculta batería;
ni una frase de ternura,
ni una mirada insidiosa,
resultó, en fin, una cosa
imposible: peña dura.
Me retiré, por lo tanto,
y quedó del campo dueña...
¡luego supe que la peña
casi se deshace en llanto!
¡Válgate Dios por mujer,
y por la desgracia mía!
Una mujer que quería,
y no lo daba á entender.
¿Cómo diablos acertar
si es el amor caprichoso?
Quien fía en él hace el oso...
quien desconfía, ha de errar.
Otras dos, rubias las dos,
(que yo en materia de amores
no distingo de colores
como no distingue Dios),
apenas me permití
mostrar que me entusiasmaron,
con tal odio me pagaron
que ¡mal año para mí!
Cuanto más ardiente el fuego,
más nieve eran las tiranas...
una de las dos barbianas
hasta me llamó... *¡gallego!*
Y en mi duelo inconsolable,
como pájaro de cuenta,
me dediqué á la sirvienta